10634

TERESA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

José Fola Igurbide

CASTELLON
Imp. y lib. de la viuda de Perales
1886

1.4

A mi querida y bella paisana
Teresita.

El autor

TERESA

TERESA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

José Fola Igurbide

CASTELLON
Imp. y lib. de la viuda de Perales
1886

PERSONAJES	ACTORES
TERESA	Srta. Martinez (J.)
EL CONDE	Sr. Martinez.
MARGARITA	Srta. Alsina.
EDUARDO	Sr. Esteve. (P.)
LA VIZCONDESA	Sra. Perlá.
EL BARONCITO	Sr. Palanca.
MARTA	Srta. Martinez (C.)
AGUSTIN	Sr. Esteve (J.)
TOMAS	» Rello.
CAMPESINO	» Pellicer.
UN CRIADO	» N. N.

Epoca actual. La escena en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

ACTO PRIMERO

Salon ricamente amueblado con puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, EL BARONCITO.

BARONCITO. El baile, á lo que parece,
tendrá encantos seductores:
lleva tus galas mejores
y á las gracias oscurece.

MARGARITA. Pienso estrenar un vestido
riquísimo, color crema;

BARONCITO. ¡Qué me place!

MARGARITA. Y la diadema
de brillantes que ha traido
papá de Paris.

BARONCITO. Tú tienes
la ventaja sobre todas
de que impones á las modas
tu buen gusto; y aunque llenes
tus trajes de pedreria,
ante esos ojos brillantes
(Muy expresivo y galante: debe observarse que el Baroncito siente hácia su prima un afecto más vivo que el que corresponde á su parentesco.)
se oscurecen los diamantes
por arte de hechiceria.

612213

MARGARITA. Adulador, lo eres mucho.
BARONCITO. Prima, mi amor te confieso.
MARGARITA. Hiciste tarde.
BARONCITO. Con eso
me matas, en vano lucho
por olvidar que ya no eres
dueña de tu corazon.
MARGARITA. Siempre la misma cancion:
Tú que á todas las mujeres
amas sin tasa, ¿presumes,
en tus volubles amores
qué son las mujeres, flores
de pasajeros perfumes?
Tienes de amor, un caudal
tan inagotable, chico,
que ahora tu fama me explico
de amador universal.
BARONCITO. Contra esa injusta opinion
sencilla disculpa encuentro;
como eres tú sola el centro
de mi amante inclinacion,
cual mariposa insegura,
fuera de él, vaga sin calma,
pensando encontrarlo mi alma
en cada linda hermosura.
MARGARITA. Frívolas galanterias;
palabras, primo, palabras
cuyo descrédito labras
gastando tu oro en orgias.
BARONCITO. Vamos á tener sermon
como siempre, ya lo veo,
y este galante torneo
merece otra conclusion:

he caido en tu desgracia,
amada prima, y me pesa...
Hablemos de la condesa
(Mudando de tono.)
tu mamá, por obra y gracia
de mi desdichado tio.
¡Brava mujer! En cuanto á eso
tuvo gusto, lo confieso.
No merece mi desvio;
con decirte, prima mia,
que tambien me gusta á mí.

MARGARITA. Loco estás... Vete de aquí
ó cesa ya en tu porfia.

BARONCITO. ¿Qué afan trajo esa mujer
al matrimonio? ¿El amor?
¡Comedia! No hay resplandor,
donde no hay luz, ni tener
puede encantos la pavesa
para el que calor ansia.
¿Y al fin que son, sino fria
ceniza que no interesa,
sesenta años, para un alma
ardiente como la suya?
¡Bah! ¡Bah! para el que arguya
así no tiene mi palma.
Esto prima no es dudoso;
y de sobra conocido
el afan que la ha movido
á tomarle por esposo.
¡Ella, una pobre modista,
contemplarse así de pronto
esposa de un conde... tonto.
¡Vamos que ha sido muy lista!

Luego el oro deja franca
una puerta á la impudicia.

MARGARITA. ¡Enrique!

BARONCITO. O de la malicia
del mundo la duda arranca.
Con la vejez buen consorcio
la juventud, jamás hace;
y eso tiene un desenlace,
créeme prima, el divorcio.

MARGARITA. Ya veo que tu razon
está esclava, y á tus labios
hace subir los agravios
de una vil murmuracion.
La honra de esa mujer,
sagrada debiera ser
para tí, y ya con loca
ligereza, vas tú mismo
malos gérmenes sembrando...
¡Así rodando, rodando,
van las honras al abismo!

BARONCITO. ¡Bonito sermon! Jamás
pronunciaste otro mejor.

MARGARITA. ¿Te burlas?

BARONCITO. ¡Con qué calor
lo digiste!...

MARGARITA. (Interrumpiéndole.) ¿Acabarás?

BARONCITO. Solo le faltó un final
y ese será mi consejo:
y una vez dado te dejo: (Mirando su reloj)
volveré más tarde.

MARGARITA. ¿Cuál?

BARONCITO. Con sagacidad vigila
á Eduardo. (Con mucha intencion y misterio

MARGARITA. ¿Por qué razon?
(Sobresaltada como si la revelacion de su primo respondiera á sus propios temores.)

BARONCITO. Lo diré en otra ocasion.

MARGARITA. ¿Vas á dejarme intranquila?

BARONCITO. Es preciso...

MARGARITA. ¡Vamos! dime...
(Con sumo interés.)

BARONCITO. Tengo prisa.

MARGARITA. ¡Por piedad!

BARONCITO. ¡Adios!

MARGARITA. Primo, en qué ansiedad
me dejas.

BARONCITO. Tú ingénio esprime.
(Vase por el foro.)

ESCENA II.

MARGARITA.

¿No es un ardid? ¿Cuál será
mi amargura ó mi desdicha?
¿qué planes contra mi dicha
la suerte fraguando está?
(Queda pensativa y triste. Estado que no debe abandonarla en toda la siguiente escena.)

ESCENA III.

DICHO, TERESA por la derecha. Se acerca de puntillas á Margarita y le dá un beso en la frente.

MARGARITA. ¿Eres tú? ... Te envia el cielo. (Cual si recibiese un inesperado auxilio.)

TERESA. De allí vengo Margarita.
¡Ah! mi alma necesita
con álguien partir su anhelo...
Su dicha... ¡Toma otro beso!...

MARGARITA. Alegre en efecto estás. (Con melancolia sintiendo secreta envidia por la dicha ajena.)

TERESA. Cual no lo estuve jamás.

MARGARITA. ¿Eres feliz?... (De la manera con que la actriz diga esto, debe tambien deducirse estotro: Yo no lo soy.)

TERESA. Con exceso...
¿Y tu alma qué ambiciona?
dímelo... Tal gallardia
presta el placer á la mia,
que aunque fuese una corona
lo que me pidieses, creo
que no tardaria en ver,
sin amenguar mi poder,
satisfecho tu deseo.

MARGARITA. Gracias, Teresa... Es decir
mamá... (Teresa y Margarita son igualmente jóvenes y hermosas. Esto justifica la exclamacion de Margarita.)

TERESA. ¡Calla! ¡Me avergüenzas!

MARGARITA. Menester será que venzas
la costumbre.

TERESA. Resistir
no puedo, aun, la impresion
que ese nombre me ocasiona,
aunque un placer proporciona
muy grande á mi corazon.
¿Pero qué tienes? Te veo (Teresa al fin advierte el malestar de Margarita.)
pálida, desmejorada.
¿Es amor?

MARGARITA. ¿Qué ha de ser? nada.
Me encuentro bien. (Conócese que Margarita no dice la verdad y que su espíritu se halla minado por la cruel sospecha.)

TERESA. No te creo.
Algun secreto pesar
te mortifica. (Anublándose su franca alegria.)

MARGARITA. ¡Teresa!

TERESA. No lo niegues. ¿Te interesa
tanto tu pena ocultar?

MARGARITA. Tu pronto perdon reclamo.
(Con el acento del que se vé cogido infraganti.)

TERESA. Abre tu pecho doliente
ó creeré que inútilmente
tu buena amiga me llamo. (Con dulce reconvencion.)

MARGARITA. Abrigo una duda impia...

TERESA. ¿Y cuál es?

MARGARITA. ¿Puede el acento,
que respira sentimiento,
que rebosa idolatria,
engañarnos y fingir,
con vehemencia sin igual,
lo que un pecho desleal
es incapaz de sentir?
Dímelo, Teresa mia,
aunque aumente mi ansiedad
la triste realidad.

TERESA. ¿Lo ves? Mató tu alegria
una duda, sin saber
que la duda es un tormento
que unida al retraimiento
nos tortura á su placer.
Sé franca conmigo ahora.
Confiésalo; no es oprobio.
¿Has reñido con tu novio?
Yo sé que Eduardo te adora.

MARGARITA. Te engañas; á tu amistad
abiertamente me fio...
Eduardo siente desvio
hácia mí... (Con voz baja, como temiendo ser oida.)

TERESA. (¡Ah!)

MARGARITA. En realidad
más que un amante parece
un amigo... tiene dias
que se entusiasma; dirias
entonces que su amor crece
por algun extraño fuego.
Me ama mucho, me asegura
que soy su ídolo, me jura
eterna fé... pero luego,
decae, sin saber cómo;
cesa en su amante porfía;
aquella llama se enfria
y vuelve á su eterno aplomo.
Cariño que se electriza
nada más, y mi esperanza
languidece á la mudanza
de un alma tan tornadiza.
A veces llego á creer,
aunque pensarlo no quiero,
que su afecto verdadero
pertenece á otra mujer...

TERESA. (Dios mio.) (A parte con sobresalto.)

MARGARITA. ¡Oh! me horripila
esa idea... ¿Como yo
piensas tal vez? (Al observar la emocion de Teresa.)

TERESA. Eso no. (Con viveza.)

MARGARITA. ¿Tú nada sabes? ¿Tranquila
puedo quedar segun eso?

TERESA. ¿Quién lo duda? tal hazaña
no es digna de él.

MARGARITA. Si me engaña;

si el amor que le profeso
es una carga enojosa,
para Eduardo, moriré
de dolor. (Con honda amargura.)

TERESA. Ciega es tu fé. (Tomando un tono tranquilizador.)
Eres rica, eres hermosa;
galanes te han de sobrar.
No te apures. El amor
tambien pasa. Es una flor
que se suele deshojar
fácilmente; ¿mas quién piensa
en desdichas sin motivo?
que él te adora es positivo;
lo demás... pasion propensa
al recelo y la ansiedad;
ánimo que desfallece
porque un empacho padece
de amor y felicidad.

ESCENA IV.

DICHOS, EL CONDE por el foro.

CONDE. ¡Angeles en conciliábulo!...
Buenas nuevas me prometo.

MARGARITA. ¡Papá!

TERESA. ¡Fernando!

CONDE. Yo en cambio
de noticias soy correo
para sastres y modistas
nada alhagüeñas por cierto.
Mira por donde, hija mia,
ha terminado ya el pleito
que seguias con la tuya.

MARGARITA. ¿Fracasó el baile?
TERESA. Me alegro.
CONDE. Y yo tambien; tanto ruido
metió, que con gran estruendo
se vino abajo.
TERESA. Mejor...
MARGARITA. ¿La causa no te dijeron?
CONDE. La duquesa se indispuso
anoche... ¡Cuestion de nervios!
Amigo, los nervios hoy
están de moda, dan juego.
Constituyen la invencion
más famosa de estos tiempos.
Cuántos conflictos sé yo,
que aun andarian revueltos
entre excusas y cumplidos,
sin la ayuda de los nervios...
Con que paciencia, hijas mias...
MARGARITA. ¡Qué lástima! tanto empeño
que yo puse en estrenar...
CONDE. Gran desgracia es en efecto
para tu traje.
TERESA. Mejor.
A oir á Gayerre iremos.
Se canta «La Favorita».
MARGARITA. La ópera. ¡Buen remedio!
CONDE. Yo gano en el cambio.
TERESA. Y yo.
MARGARITA. Papá... ópera tenemos
todas las noches.
CONDE. Y gracias
debes dar.
MARGARITA. ¡Qué desconsuelo!

CRIADO. La señora Vizcondesa
del Asalto. (Sale por el foro y vase despues de anunciar á la Vizcondesa.)

CONDE. Otro correo;
recíbela Margarita
y entretenla, yo no puedo
soportar su eterna charla.

MARGARITA. Voy allá. (Vase por el foro. La sigue el criado.)

CONDE. Me dá mareo.
Tener á su edad debiera
ménos frágil el cerebro.

ESCENA V.

TERESA, EL CONDE.

CONDE. Y bien, se franca alma mia;
tú no recibes sorpresa...
¿El baile no te interesa?

TERESA. No fundo en él mi alegria.
Me siento mal allí donde
abunda la ostentacion;
no sé que amargo aguijon
para mí aquel lujo esconde.
Prefiero mi hogar... en él
todo me es franco y sincero...
Tu cariño verdadero
y mi Margarita fiel.
Si mi acento como dices
influye, Fernando, en tu alma.
Si quieres que en santa calma
vivamos siempre felices:
Te lo queria decir
hace mucho tiempo, huyamos

presto de eso que llamamos
gran mundo; dejemos ir
esa marea sin sér
por sus olas arrollados;
dos séres enamorados,
Fernando, no han menester
para sus dichas hermanas,
ni lujo ni ostentacion
ni de baja adulacion
ni de frases cortesanas.

CONDE. ¡Con qué deleite te escucho!
Adivinaste Teresa
mis deseos, pero pesa
en mi ánimo y pesa mucho
un cuidado...

TERESA. ¡Margarita!
Lo conozco; pero en breve
unirse á Eduardo no debe?

CONDE. Si ese cuidado me quita
su enlace, sobran razones,
la córte abandonaremos.

TERESA. ¡Oh! Fernando.

CONDE. Vida haremos...

TERESA. En tus ricas posesiones
de Andalucia?...

CONDE. Cabal;
sociedad, bullicio tonto,
señor del mundo; muy pronto
os venció la conyugal
ventura que me prometen
estos ojos hechiceros
que por ocultos senderos
en mi corazon se meten.

TERESA. ¡Fernando! Bendita sea
la hora en que te conocí:
me comprendes y yo á tí:
no más mi pecho desea.
¡Mujer infeliz que labras
el deshonor del marido,
por fuerza no le has oido
nunca tan dulces palabras;
porque con una tan solo
que recordaras, ni hicieras
su desdicha, ni te vieras
llena de vergüenza y dolo,
si no en sus brazos honrada,
por su pecho sostenida,
por sus labios bendecida
y en sus ojos retratada:
¡Fernando! ¡mi protector!
¡Mi noble y dulce marido!
(Con cariñoso trasporte.)

CONDE. ¡Teresa! Nunca he sentido,
lo juro, dicha mayor,
creí imposible la empresa
de hacerme amar á mi edad;
quince años de viudedad
helaron mi alma, Teresa.
Mas tus ojos con tal brillo,
ó tal fuego me miraron,
que mi afan resucitaron
pues te amo como un chiquillo.
No sé que extraña virtud,
ó qué influencia divina,
han hecho en la vieja encina
retoñar la juventud.

TERESA. Verás, mi dueño, verás
á qué placentero olvido
en aquel alegre nido
esta existencia darás.

CONDE. ¡Me encantas! Por algo quiso
la voluntad soberana,
que de la ventura humana
fuese, el campo, el paraiso.

TERESA. Viéndote estoy, los arreos
de la caza preparar,
ó en acecho, al regresar
cargado con los trofeos
de tu larga caceria,
atentos te ven mis ojos
venir por unos rastrojos
seguido de tu jauria.
Te salgo al encuentro, llegas;
y con amante embeleso,
mi alma te doy en un beso
y tú el corazon me entregas.
Luego asoma el chiquitin... (Dice esto inadvertidamente, en el calor de su afecto. Se detiene al punto con más temor del que quizás conviene.)
¿pero qué digo?...

CONDE. ¡Qué escucho?
tú piensas Teresa?...
(El Conde cree que se trata de un feliz resultado de su matrimonio.)

TERESA. ¡Mucho!
en un bello serafin
de nuestra existencia encanto...

CONDE. Pero...

TERESA. ¡Calla!
(Poniendo su mano en los labios del Conde.)

CONDE. ¡Oh regocijo!...

(Ve el Conde confirmada su creencia.)

TERESA Deseas tener un hijo...?

(Con mucha intencion.)

CONDE. No tenerlo es mi quebranto.

TERESA. Pues un hijo te prometo...

(Con profunda intencion. Marcando mucho sus palabras.)

CONDE. ¿Es posible?...

TERESA. Alguien se acerca.

ESCENA VI.

DICHOS, EDUARDO por el foro. Se detiene.

CONDE. Eduardo...

TERESA. Muy bien venido.

EDUARDO. (Juntos! ¡Su dicha es suprema!)
Habré estorbado?...

CONDE. No tal.

EDUARDO. El amor testigos veda.

CONDE. Un proyecto acariciábamos
que gusta mucho á Teresa.

EDUARDO. Por fuerza bueno ha de ser.

(Con fina galanteria.)

CONDE. Como inspirado por ella.

(Con ironia galante.)

TERESA. Dígase al cabo el proyecto.

CONDE. Ir á vegetar desea
al campo, á nuestro cortijo
de Andalucia, y si llega
la ocasion, como lo espero,
de que estorbarlo no pueda
ningun obstáculo, entonces
he de poner mucha tierra
entre Madrid y nosotros.

Es natural tu sorpresa...
(Con familiaridad.)
no esperabas esta bomba
de Orsini, pues la espoleta
ha comenzado ya á arder.

TERESA. Madrid sin gente se queda.

CONDE. Teresa te explicará...
escribirle me interesa
á un amigo... Vuelvo luego.
(Vase por el foro.)
(¡Un hijo! ¡Dicha completa!)
(Teresa, despues de la salida del Conde invita á Eduardo á sentarse. En cierto embarazo de éste, en una emocion que no puede evitar, comprendese que Teresa ejerce en él una superior influencia.)

ESCENA VII.

TERESA, EDUARDO.

EDUARDO. ¿Cómo?... Tan poco atractivo
tiene Madrid, que no llena
sus deseos?

TERESA. Tiene muchos;
pero ninguno que pueda
sustituir con ventaja
al que ofrece la ancha vega,
el campesino perfume,
la libertad, la llaneza,
lejos de este ruido vano
del cumplido y la etiqueta.

EDUARDO. Pero Madrid fué su cuna.
Dejar á su patria intenta?

TERESA. Con harto pesar. Creedme;
dejo á mi patria con pena,
pero al cabo sacrifico

mi reputacion de buena
hija á la felicidad
que mi mente saborea.

EDUARDO. ¡Sí! Tiene usted razon.
(Como decidiéndose despues de una penosa reflexion.)
Ni un solo quilate pesa
este lujo embriagador
para el alma que desea
gozar en dulce retiro
la dicha más verdadera;
la ventura conyugal,
muy bien pensado, Teresa.
(Con noble resolucion.)
¡Dichoso del que se vá
(Tomando el tono primero.)
y triste del que se queda!

TERESA. Todo es vano y fugitivo,
Eduardo, nada en la tierra
hay estable y se equivoca
el que se ufana en que acierta.
Para asegurar la dicha
nunca hubieron hipotecas,
como que solo descansa
sobre movediza arena.
(Teresa comprende que se deja llevar de la misteriosa corriente que arrastra los pensamientos de Eduardo; muda bruscamente de tono.)
¿Pero Eduardo, quién nos mete
en reflexiones tan sérias?
Estamos filosofando
y yo no caia en la cuenta...

EDUARDO. Siga usted, Teresa, siga
en su plática discreta,
su ingénio sutil me encanta;
¡Cuánto dice me embelesa!

(Con más interés del que permiten las circunstancias y demostrando que hay un afecto contenido en su corazon.)

TERESA. ¡Ah! frívolo cortesano
cuán sin temor galantea;
infraganti le pillé...
(Desentendiéndose y con acento familiar y burlon.)
Usted mismo de un problema
me ha dado la solucion...
Usted tiene descontenta
á Margarita y ya veo
que su culpa es manifiesta...
Clàro; si tanto prodiga
esas frases lisongeras,
esos acentos de miel
que tan gratamente suenan
en los atentos oidos
de las pobres Dulcineas,
qué le quedará á la suya?
quizás solo frases huecas
porque siempre fué el hastio
del exceso consecuencia...
Usted ama á Margarita?
(Con seriedad que impone á Eduardo.

EDUARDO. Esa pregunta?...

TERESA. Respuesta
pide franca y decidida.
(Con excesiva seriedad.)

EDUARDO. La amo.
(Con firmeza y resolucion despues de una pequeña pausa.)

TERESA. ¿Se considera
capaz de hacerla feliz?...
¡Oh! piénselo bien, no tenga
tardio arrepentimiento.

EDUARDO. ¡Será mi esposa!

(Con la resolucion del que se propone vencer un obstáculo.)

TERESA. Comprenda
entonces que hace muy mal
con tenerla descontenta,
ella... le acusa de frio,
de distraido... desea
ver más cariño en usted,
y está en su derecho.

(Con cierta severidad.)

EDUARDO. Teresa!...

TERESA. Reconózcase culpable;
aun su yerro tiene enmienda.

EDUARDO. Llegó á notar Margarita?...

TERESA. Al fin veo que confiesa...
¡Ea! señor mio; voy

(Levantándose y con la intencion clara de poner término á aquella situacion.)

á imponerle penitencia.

EDUARDO. Yo pecador, cumpliré
arrepentido, mi pena.

(Con gran delicadeza y cuadrado enfrente de Teresa, despues de levantarse siguiendo su movimiento.)

TERESA. Urge que ponga al momento
á Margarita contenta...
El medio, lo escoge usted.
Corra á cumplir su condena...
En el jardin la hallará
con Láura, la vizcondesa
su amiga...

EDUARDO. ¿No es una traba?...

(Refiriéndose á la presencia de la Vizcondesa.)

TERESA. Procure que no lo sea!...
Sin apelacion Eduardo.

EDUARDO. ¡Buena es la sentencia, buena!

(Vase por el foro.) (En esta escena el público ha de comprender no lo que dicen solamente los actores, sino lo que callan. Esto es, que Eduardo está delicadamente enamorado de Teresa y que ésta rehuye su afecto. Tal resultado se recomienda al talento de los actores)

ESCENA VIII.

TERESA.

¡Vete bendito de Dios!
Cásate en breve con ella...
y olvida lo que tus ojos
imprudentes me confiesan...
¡Me ama! y su afan oculta
con harta delicadeza:
pero el amor crece y crece;
arroyo que luego aumenta
de cauce, y al cabo es
torrente que se despeña
con empuje formidable...
Entre él y yo mucha tierra
es necesario poner...
Que Margarita no sepa,
jamás, el sér que le roba
la dicha de su existencia.

ESCENA IX.

DICHO, TOMAS por el foro.

TOMAS. Dá la señora permiso?...

(Con mucho recato y demostrando por su actitud que no quiere ser oido.)

TERESA. ¡Hola! Tomás te esperaba:
¿y el niño?...

(Bajando mucho la voz y convenciéndose de que no son oidos.)

TOMAS. Sin novedad;

jugando quedó con Marta
enredado entre unos flecos.

TERESA. ¿Sigue bien?

TOMAS. ¡Toma! su cara
es una guinda.

TERESA. ¿Se acuerda
de su mamá? ¿Con sus gracias
os hace reir?

TOMAS. El niño,
á juzgar por lo que charla,
vá á sacar un talentazo...

TERESA. Hola!

TOMAS. Sabe más gramática
que Lagartijo; el muñeco
unos refranes se saca...
y anda con una soltura...

TERESA. No le dejeis que de casa
se aparte mucho, ya sabes
que podria una desgracia
sucederle...

TOMAS. No se aleja
nunca de nuestra mirada.

TERESA. Haceis bien ¡Pobre ángel mio!
Iré á verte sin tardanza.
Tomás, ¿no hiciste memoria
de alguna de sus palabras?

TOMAS. Pues si habla más que el Tostado?
es una cosa que pasma!

TERESA. Y la muñeca?

TOMAS. Pedazos.

TERESA. Me lo figuré. (Con regocijo.)

TOMAS. Y la caja
de soldados y el caballo

y el trompo, no queda nada;
todo muere entre sus manos
deshecho en una mañana.

TERESA. Espera, vuelvo al instante
(Entra en su cuarto y sale al punto.)
Toma... llévale otra caja.

TOMAS. Soldados de plomo... Bueno.

TERESA. Aquí el dinero de Marta
llevas tambien... para tí...

TOMAS. Cinco duros! muchas gracias.

TERESA. Y ahora vete Tomás;
(Con recelo y temor de que les descubra la prolongacion de la escena.)
dale mil besos.

TOMAS. Sin falta.

TERESA. Cuidadle como si fuera
vuestro hijo... Dile á Marta
que iré á verla muy en breve.

TOMAS. Cumpliré cuanto me encarga.
(Vase por donde entró.)

ESCENA X.

TERESA.

Con saber de él, la alegria
ya me retoza en el pecho...
¡Oh Reina que al desvalido
amparas desde tu cielo!
Proteje como hasta aqui
la vida de ese ángel bello.
(Vase puerta izquierda.)

ESCENA XI.

MARGARITA, LA VIZCONDESA por la puerta lateral izquierda.

VIZCONDESA. Haces bien, hija, haces bien.

Debes sumisa obediencia
á tu papá... Sí... El lo quiso.
(Con gran desenfado.)
Conforme... Pero confiesa
que tuvo un pésimo gusto...
¡Descender hasta esa esfera!
¡él! un título... rodeado
de atenciones y riquezas,
casarse con una... vamos
no se puede con paciencia
pensar en ello... ¡hola! ¡hola!
(Reparando en el espejo colocado en el foro sobre una consola.)
Bonito espejo... ¿No lleva
marca de fábrica?

MARGARITA. Es
un regalo de Teresa...
Lo compró en Paris.

VIZCONDESA. Que fué
de tu papá, me dijeras.

MARGARITA. ¡Láura, por Dios!
(Mirando al cuarto de Teresa temiendo se oyeran las palabras de la Vizcondesa.)

VIZCONDESA. Si no tiene
ni dónde caerse muerta,
¿cómo quieres que el obsequio
se le atribuya?

MARGARITA. Me pesa
que la trates de ese modo...
créeme... y en mi presencia...
eso, Láura no está bien...
(Con reconvencion séria.)
Te ruego..

VIZCONDESA. Chica, dispensa;
no comprendo por qué tomas

con tanto ardor su defensa...
Entonces alabaremos
la ignominia que con esa
boda, ha venido á caer
sobre toda la nobleza...
Bendigamos la hermosura
de la... modistilla... sea
(Baja la voz al decir modistilla.)
como gustes... derramemos
incienso y mirra sobre ella.

MARGARITA. ¡Jesús, Láura! Y qué cruel
eres...

VIZCONDESA. ¡Uf! me dá vergüenza
pensarlo, yo que no quise
casar con aquel tronera
que tenia más millones
que Rodschild. ¿No lo recuerdas?

MARGARITA. Y fué por bien poca cosa.
(Contenta de que la conversacion haya tomado un giro distinto.)

VIZCONDESA. ¡Por su nombre!

MARGARITA. ¡Friolera!

VIZCONDESA. No te rias!... Se llamaba
Tomás...

MARGARITA. ¿Tomás á secas?

VIZCONDESA. No recuerdo su apellido;
pero!...

MARGARITA. ¡Qué horror!
(Con fingida aprehension.)

VIZCONDESA. No te suena
á cosa ordinaria?

MARGARITA. ¡Y mucho!

VIZCONDESA. Cómo yo, una vizcondesa,
caso con un ciudadano
que se llama Tomás... Veas

tú qné nombre... con el tufillo
que tiene á gente plebeya...
Le castigué como cumple
á mi honor y mi nobleza...

MARGARITA. Yo, amiga Láura, no soy
tan rígida... las riquezas
y los títulos, no pagan
ni en un átomo la dulce
dicha que el amor ofrece...

VIZCONDESA. ¡Bah! Sigues las quimeras
del vulgo descamisado...
Tú profesas las ideas
del siglo á lo que parece:
Esa es su gárrula nécia.
Crees por ventura, que existe
un hombre, ni uno siquiera,
que nos diga lo que siente
ó que nos ame de veras?

MARGARITA. ¡Oh! Sí tal...

VIZCONDESA. Pecas de cándida.

MARGARITA. Te equivocas... fé completa
tengo en mi Eduardo.

VIZCONDESA. ¡Tú novio!
¡Ja! ¡ja! ¡ja!

MARGARITA. ¿Qué risa es esa?
podrias duda abrigar? (Con sobresalto.)

VIZCONDESA. ¡Tu Eduardito! buena pieza...
¡ja! ¡ja! ¡ja!...

MARGARITA. Se ha despertado
tu buen humor... no me pesa...
ríete y así que acabes
me dirás...

VIZCONDESA. Cuánta inocencia

se cobija en tu alma pura.

MARGARITA. ¿Qué quieres decir con esas palabras?...

VIZCONDESA. Chica me asombro de tu candidez.

MARGARITA. ¿Qué piensas entonces? Dímelo, Láura, ¿Sabes algo? ¿Qué sospechas?

VIZCONDESA. Nada... nada, que prosigas en tu confianza ciega... y que recobres tu calma porque aunque algo supiera me guardaria el secreto por no trocar en pavesa tu venturosa ignorancia... ¡Ja! ¡ja! ¡Tu novio!

MARGARITA. Me dejas en cruel incertidumbre... Algo sabes... ¿Te reservas conmigo, Láura?

VIZCONDESA. No, chica. Los hombres, de mala cepa vienen, no hay uno sano. Les entró la filoxera desde principios de siglo y no hay químico que sepa dar con el mata gusanos de la enfermedad que reina. Ellos se mueren por todas, las morenas por morenas, las rubias porque son rubias, y hasta por variar las feas. Pedirles que se dediquen

á una solo, es pedir peras
al olmo, como que muchos
por tener siempre la hoguera
de su pasion encendida,
se abrasan al fin en ella
ó mueren de apoplegia
de mujeres... Si no fueran
tan precisos, Margarita!...
Pero puede que tú seas
(Con mucha ironia.)
la dichosa maravilla,
una excepcion de la regla;
y que Eduardito te ame
de verdad... puede que sea
tu novio de mazapan
de Toledo, ó blanda cera,
¡ja! ¡ja! ¡ja!...
(A medida que crece el interés de Margarita aumenta la risa de la Vizcondesa. Esta permanece un buen espacio riéndose á carcajadas.)

MARGARITA. Me estás matando;
acaba, por Dios, me quemas
el pecho, con el tizon
de la duda; cuanto sepas
dime ya.

VIZCONDESA. ¡Qué tonteria!
apurarse por quien juega
con nuestra cara esperanza
sin sentir afan ni pena...
¿Sabes que es un jugador
(Con seriedad muy cómica.)
tu novio de mucha flema?

MARGARITA. ¿Jugador? (Con ingénua sorpresa.)

VIZCONDESA. De carambolas...
(Vuelve la Vizcondesa á su risa.)

MARGARITA ¿Con mi ansiedad te bromeas?...
VIZCONDESA. Tiene un pulso muy seguro:
Mira, chica, no te duermas.
Hace cada carambola...
Pero que tan boba seas...
Ni al mismo Fernando séptimo
se las ponian más cerca.
MARGARITA. Me jura su amor...
VIZCONDESA. Floreos;
floreos en toda regla.
MARGARITA. Alguna vez!...
(Involuntariamente se le escapan estas frases Margarita.)
VIZCONDESA. ¿Retrocesos
de banda á banda? Si juega
tu novio que es un primor.
MARGARITA. ¡Ay amiga, y como extremas
tus chanzas! (Suenan las once en un reloj de la sala.)
VIZCONDESA. ¿Qué oigo? las once;
me retrasé... Con Dios queda.
MARGARITA. Espera un poco.
VIZCONDESA. No puedo.
MARGARITA. Pues dí entonces que bromeas...
VIZCONDESA. Si todo Madrid lo sabe...
MARGARITA. ¡Dios mio! ¿el qué?
VIZCONDESA. (Con aire confidencial.) Con franquéza...
MARGARITA. ¡Ah! por fin!
VIZCONDESA. Mucho cuidado
con tu angelical Teresa.
¡Ja! ¡ja! (Ya tiene bastante).
(Vase por el foro.)
MARGARITA. Clavado el dardo me deja.

ESCENA XII.

MARGARITA.

¡Láura! ¡Mi primo! los dos
derraman la misma hiel
en mi alma... ¡Qué cruel
sospecha! Mátame ¡oh Dios!
si me ha engañado el infiel.
¡Teresa! ¿Por qué Teresa
se mezcla en mi pensamiento?...
¡Ellos dos!... ¡Mentira! Siento
repugnancia á creer en esa
invencion de mi tormento.
Pero al fin si mis recelos
consigo desvanecer,
traidor el mundo ha de ser.
De todos modos ¡oh cielos!
infamia tiene que haber!
Si él me amara... Si leal
correspondiera á mi amor...
¿Sentiria yo el rigor
de esta sospecha fatal?...
¡Me está engañando el traidor!

ESCENA XIII.

DICHO, EDUARDO con una rosa en la mano por el foro.

EDUARDO. ¡Margarita! No hubo flor
en tu jardin más hermosa;
acepta esta linda rosa
como prenda de mi amor.
¡Y tú! ¡oh flor! que presumes
de ser maravilla y gala
del rico vergel... exhala

en su pecho tus perfumes.
Será tu dicha infinita...
Será grande tu embeleso
conque le arranques un beso
á mi dulce Margarita.

MARGARITA. ¿Conque tan fino el Tenorio
(Con ironia al través de la cual se vislumbra bullen reconcentrados los celos.)
ofrece á su amada flores
con las palabras mejores
de su amante repertorio?
Nunca tan galan te ví...
Nunca fueron tus miradas
tan tiernas y apasionadas
ni mayor tu frenesí.
Corre á ofrecer esa flor
á la deidad hechicera
que es tu pasion verdadera.
Vete y enmienda el error...
me ofreces lo que no es tuyo...
¡Oh! ¿Estuvieras satisfecho
de que ostentara en mi pecho
lo que pertenece al suyo?

EDUARDO. ¡Margarita! (Deja caer la rosa.)

MARGARITA. Eso jamás. (Con altivez.)
Tus flores no necesito...
A nadie su derecho quito.
En mí no pienses ya más.
(Vase por la puerta derecha.)

ESCENA XIV.

EDUARDO.

¡Cielos! ¿Qué ha ocurrido aquí?
Lo que en el pecho se encierra.

Lo que no toca en la tierra.
Lo que á nadie descubrí.
¡Aliento! invisible aroma
del corazon desprendido...
¿en qué forma me has vendido?
Cuerpo el pensamiento toma
burlando la voluntad
de los hombres y el secreto
de su alma presenta escueto
á la vil publicidad.
¿Quién ha sido el delator?
¿Imprudentes las miradas
entreabrieron descuidadas
el santuario de mi amor?
¡Imposible! Margarita,
una piedra al aire echó
y por acaso me dió
donde la calma me quita.
¡Amor! queda sepultado
como ántes bajo la losa
de mi deber... Sé dichosa,
Teresa, que aun soy honrado;
y ahora, vamos á ver,
quien más puede en puridad,
si una firme voluntad
ó el amor de una mujer.

ESCENA XV.

DICHO, EL BARONCITO por el foro.

BARONCITO. Soy yo...

EDUARDO. ¡Eh! (El baroncito). (De mal humor.)

BARONCITO. Me place encontrar aquí

al venturoso galan
prez y gloria de Madrid.
(Con marcada intencion.)

EDUARDO. No tanto, señor baron. (Con énfasis.)

BARONCITO. Bromista te encuentro.

EDUARDO. Dí:
¿Te crees un varon de broma?

BARONCITO. ¿No estás de humor?

EDUARDO. Pues seguir
me ves con tus bromas, creo
que es la pregunta pueril...
¿Qué se miente por la villa?...
Tú eres el sér más feliz
que conozco... No hay noticia
que no sepas. (Por decir algo.)

BARONCITO. Vivo así
como el pez en su elemento.
¿Pero se puede vivir
ó encontrar algun placer
de otra manera en Madrid?
Si no fuese por el juego...
alguno que otro desliz
y la crítica diaria
de los escándalos mil
que ocurren... ¿dónde placer,
podria encontrar aquí,
un jóven con diez millones
de capital? ¿A dónde ir
que no fuese acompañado
del fastidio que es al fin
la polilla que nos roe
y que es fuerza destruir?

EDUARDO. En efecto, amigo mio.

Fuera empeño baladí
pretender de otra manera
hallar vida más feliz...

BARONCITO. Ya lo creo...

EDUARDO. Sobre todo
para jóvenes así... (Con mucha ironía.)
Bien dices, es tu elemento.
Tú eres el paladin
de la moda y del buen tono...

BARONCITO. ¿Quién sino yo descubrir (Envanecido.)
puede mañas y secretos,
conque pretende el desliz
ocultarse á las miradas
de la crítica sutil?
Me han hecho su confesor
las damas y claro, así,
descubro cada tramoya...
cada intriga mujeril...
que oyéndolas muchas veces
cierto súbito carmin
siento que sube á mi rostro.

EDUARDO. ¿Será eso vergüenza?...

BARONCITO. Mira
que ruborizarme á mi...
Ahora el protagonista,
el que ocupa de Madrid
la atencion toda... Presumes
quién es? (Con cierto retintin.)

EDUARDO. ¿Y quién presumir
puede entre tantos tenorios?...

BARONCITO. Vaya, te cubre el hollin
del abandono en que vives...
disimulas á las mil

maravillas...

EDUARDO. ¿Pues quién es...
de la fama el adalid?
no soy curioso...

BARONCITO. Me place
tu disimulo; un gentil
musulman. (Con cierta sorna.)

EDUARDO. ¿Cuento morisco?...

BARONCITO. Ama el galan á una houri
que esposó con un rey moro
ya muy viejo y fué el ardid
que emplearon los amantes
lo más ingenioso aquí.
Tiene el sultan una hija
bella como un serafin...
La pide el sátrapa amores
y concedidos, así
puede hablar á la sultana
en su propio camarin;
en tanto que el pobre viejo
sin sospechar el ardid
por su mano abre las puertas
á su rival...

EDUARDO. ¡Infeliz!
El viejo peca de ganso.

BARONCITO. Te ha gustado el cuento, di?

EDUARDO. Tiene sabor oriental.

BARONCITO. Pues es del mismo Madrid.
¡Ja! ¡ja! Lance más chistoso.

EDUARDO. ¿Esa risa? ¡Ah! nécio de mí!
Todo lo comprendo ahora...
Entendimiento infeliz!...
Sultan viejo... mujer jóven...

y su hija bella... Mentís...
Yo te aplastaré calumnia
ó dejaré de existir.

BARONCITO. ¿Qué te pasa?

EDUARDO. Que tu cuento
me hizo feliz... ¡Muy feliz!...
mas cuida de divulgarlo
como sueles por ahí,
porque bien puede que alguno
te haga sus iras sentir.
Tenlo presente... Esta casa
se ha cerrado para mí. (Vase por el foro.)

ESCENA XVI.

EL BARONCITO.

No estaba de humor, de fijo...
El cuento no le hizo gracia.
Y lo extraño, cuando es
quien la mejor parte saca...
Perro que gruñe y se lleva
la más sabrosa tajada.
No comprendo al mentecato...
Yo daria por su plaza
dos millones... Está loco,
sino aun me diera las gracias...
¡Calle! ¡qué veo! una rosa;
(Reparando en la rosa que dejó caer Eduardo.)
¡linda flor! fresca y lozana...
Cuántas historias sé yo
que en una rosa descansan.
Una flor es el usual
instrumento de las damas
metidas en amorios

y galantes asonadas;
cada hoja es un secreto
donde se encuentra encerrada
la clave de algun enigma
amoroso. ¡Cuántas ansias
se nutren con sus perfumes!
La naturaleza es sandia
ofreciendo á don amor
sus aromáticas galas
metiéndose en tercerias
que con desprecios se pagan.
¡Oh flor! que á mis manos llegas
en ocasion tan extraña!
¿de dónde vienes y á dónde
el placer te destinaba?
Aquí viene la condesa.
Mejor dicho, la sultana.

ESCENA XVII.

DICHO, TERESA por la derecha.

BARONCITO. ¡Condesa!... Mire qué flor
tan linda hallé en esta sala...

TERESA. Perfume exquisito exhala...

BARONCITO. Merece asilo mejor
del que yo darle podria...
(Con galanteria.)

TERESA. Cedo á su galante empeño
hasta que encuentre su dueño
ya que esta rosa no es mia...
(Colócase la rosa que le ofrece Eduardo en el pecho, pero sin afectacion; de un modo natural.)
¿Eduardo no estaba aquí?
Su voz oir he creido...

BARONCITO. En este punto ha salido.

(No oculta su frenesí.)

(El Baroncito interpreta las palabras de la Condesa en el sentido del interès que supone le inspira Eduardo.)

TERESA. Tal vez es suya la flor.

BARONCITO. Tal vez... (Con malicia.)

TERESA. Mas cómo ha caido
la pobre en tan triste olvido,
si fué una prenda de amor?

BARONCITO. Eso queria decir?
(Le idolatra, es ya seguro.)

(Asombrado de la claridad conque él cree expresa Teresa sus sentimientos.)

TERESA. ¡Pobre Eduardo! me figuro
que no ha podido cumplir
mi penitencia... Son lances
Enrique de enamorados.

BARONCITO. Bien lo veo, y de casados:
Sobran, condesa, percances.

TERESA. Un gesto mal comprendido,
frialdad cuando hay pasion,
una leve distraccion,
cualquier pasajero olvido
nos irrita, pero es nube
de verano, luego pasa
y más rendido á la casa
de su amor, el galan sube.
¿Dónde andará? qué apostamos
á que se halla en el jardin.

BARONCITO. (No hay en su rostro carmin.)
(¡Le busca!) mi brazo.

(Ofreciendo su brazo á Teresa.)

TERESA. Vamos.

(Vanse por el foro al mismo tiempo que sale Margarita.) (Esta vé en el fondo del espejo colocado en el foro, la imágen de Teresa con la

rosa en el pecho. Este detalle, unido á sus sospechas, viene á ser para Margarita como una suprema revelacion. En su alma se mezclan los sentimientos. Su acento debe respirar vergüenza, ira y despecho.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, MARGARITA derecha.

¡Malhaya mi aciaga estrella!
Siento vergüenza y despecho...
La rosa lleva en el pecho.

(Desde luego supone que aquella flor es la que rechazó de Eduardo.)

Se aman, no hay duda. ¡Es ella!

(En esta exclamacion condensa el resultado de todas sus anteriores sospechas.)

La he visto; me dió esa luna
de su imágen el reflejo.
¡Se ha retratado en mi espejo
mi desdichada fortuna!

(Estos últimos versos con mucho dolor.)

ESCENA ULTIMA.

EL CONDE por el foro estrujando un papel. En su acento y en su actitud revela una gran indignacion.

CONDE. ¡Infame anónimo!... Presa
quiere hacer de un hombre honrado.
Mira, manchar han tratado
el honor de la condesa...
Rasga ese infame libelo.
¡Villanos!

(Cerrando los puños con ira y mirando al foro de un modo amenazador.)

MARGARITA. Calma, papá.
Quién sabe si esto será
algun aviso del cielo.

(Con misterio y entonacion que deja petrificado al Conde que quisiera ver indignado al mundo entero.)

CONDE. ¿Cómo? No te has indignado?...

MARGARITA. Es mujer, puede pecar.
Debes tu honra guardar.

(Con temor de que la realidad cause demasiado terrible efecto en el Conde.)

CONDE. ¡Margarita!... ¡Me has matado!

(El instinto del Conde advierte que hay algo oculto en las palabras de su hija. La sola idea de que exista álguien que no piense como él respecto de la honra de Teresa, dentro de su casa, le deja frio. Margarita le asesta con sus frases la primera puñalada.)

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

EL BARONCITO.

O mucho me engaño ó hay
mar de fondo en esta casa.
El conde preocupado:
la condesa retirada
en su aposento, y mi prima
sin salir... Tengamos calma...
(Se sienta.)
Debo estar enamorado
de mi prima... Tiene gracia,
ser de otro su corazon
y mias las esperanzas;
aunque yo las amo á todas
en general... No hay una
que no despierte mis ansias...
Margarita es una perla
que cautiva las miradas...
¡Si fuera libre!... ¡Me admiro!
Tuve la dicha en la palma
de la mano y no la quise,
y ahora que se me escapa,

la idea de ser su dueño
con vivo empeño me asalta.
Aquí llega...

ESCENA II.

DICHO, MARGARITA por la puerta lateral izquierda.

MARGARITA. No me riñas
Enrique por mi tardanza...
BARONCITO. Al contrario; demandarte
humilde perdon pensaba...
porque acaso mi visita...
(Se sientan. Enrique algo apartado.)
MARGARITA. Pensabas muy mal.
BARONCITO. Me cansa
todo en Madrid, ménos verte.
MARGARITA. ¿No te acercas? (Muy preocupada.)
BARONCITO. (Las distancias
quiere estrechar.) Que me place.
(Lo que ya dije, me encanta.)
¿Y bien prima?
(Despues de un momento de silencio y observando la indecision de Margarita.)
MARGARITA. Dime, Enrique...
tú dudas que Eduardo me ama?
BARONCITO. ¡Eduardo! ¿Pero á qué viene?...
Ese hombre cegó tu alma.
MARGARITA. Hemos tronado.
BARONCITO. ¿De veras?
Me alegro, digo, qué lástima!...
Lo siento; mas la noticia
ningun asombro me causa.
MARGARITA. ¿Qué presumias?
BARONCITO. El flaco
de tu novio...

MARGARITA. (Con sequedad.) ¡No me amaba!
BARONCITO. ¿Pero quién, á una mujer
de tal modo apasionada
por un hombre, vá á decirle
que renuncie á su esperanza?
MARGARITA. Exajeras mi cariño;
me ofende que así pensaras...
Le amaba, pero no tanto...
no soy de mi afecto esclava...
Ya nada siento por él...
Casi le ódio... (Con visible emocion.)
BARONCITO. ¿Y las lágrimas
que hay en tus ojos? Cualquiera
creeria que una desgracia
te acontece irremediable.
Prima, castiga su audacia;
de ciegos adoradores
te contemple rodeada...
Deslúmbrale, y cuando vuelva
con nuevo amor á tus plantas,
cuando más rendido esté,
con tus desaires le matas.
MARGARITA. ¡Sí!... seguiré tus consejos;
cruel será la revancha...
BARONCITO. ¡Bravo! así te quiero ver...
no llorosa ni apenada,
porque al cabo él no merece
ni una sola de tus lágrimas...
mas siento curiosidad
porque me digas la causa
de vuestra ruptura...
MARGARITA. Fué
por cosa pequeña... nada;

que me irritó su desvio.

BARONCITO. Otra cosa recelaba...

MARGARITA. ¿Cuál, primo?

BARONCITO. Creí que habias
adivinado... Sé franca:
¿No sabes lo que se dice
por Madrid?

MARGARITA. Ni una palabra.

BARONCITO. Urgia mucho que Eduardo
no frecuentase esta casa.

MARGARITA. ¿Y por qué razon? (¡Ay Dios!)
(Adivinando que se trata de los supuestos amores de Teresa con Eduardo.)

BARONCITO. Malas lenguas afirmaban
que á ella por tí no venia.

MARGARITA. ¡Por la condesa!... (Involuntariamente.)

BARONCITO. ¡Una infamia!
Pero así y todo, su ausencia
se hacia ya necesaria.

MARGARITA. ¡Qué humillacion! ¡Qué vergüenza!
¿Y quién inventó?

BARONCITO. La fama
nace á veces con el eco
de una expresiva palabra...
una lisonja furtiva,
un cruce en la Castellana...
una sonrisa en el palco,
ó el fulgor de una mirada,
suelen revelar á veces
lo que se esconde en el alma,
ó atribuye la malicia
del que de enredos vá á caza.

MARGARITA. Pero eso es horrible, primo;
¿de tal manera se arrastra

una honra por el lodo?...

BARONCITO. Convengo; es una desgracia...
quiero suponer que ella
es ajena á cuanto pasa...
exigia la prudencia
poner al mundo una valla...
lo exigia así el buen nombre
de tu papá...

MARGARITA. ¿Y mi esperanza?...
y mi amor nada suponen?

BARONCITO. ¿Pero tu novio te amaba?
no dices que su desvio
de la ruptura fué causa?...

MARGARITA. Tienes razon; no hay camino
abierto para mi alma...
El mundo se ha conjurado
contra mí...
(Se deja vencer por la amargura de su situacion.)

BARONCITO. Ya te apesaras
de nuevo?

MARGARITA. No soy de roca
y es muy fuerte mi desgracia...
¡De ira y vergüenza suben
á mi rostro llamaradas!

BARONCITO. El reposo calmará
tus penas. (Levantándose.)

MARGARITA. ¿Te vas?

BARONCITO. Descansa.
Te veo muy conmovida.

MARGARITA. Adios, pues.

BARONCITO. (Vase por el foro.) Su mano abrasa.

ESCENA III.

MARGARITA.

¡Qué dolorosa mudanza
ha venido de repente
á oscurecer el sonriente
porvenir de mi esperanza!
No volverá... no hizo ayer
su acostumbrada visita...
¿Pero si el verle me irrita,
para qué le quiero ver?...
No me ama... no quiero verle;
pero perderle... ¡perderle!
¡Eso es lo que me hace daño!...

ESCENA IV.

DICHO, TERESA por la derecha. Margarita se levanta.

MARGARITA. ¡Ella! (Hace ademan de retirarse.)
TERESA. Aguarda Margarita...
(Con acento de súplica pero con majestad.)
MARGARITA. Qué me quiere?...
TERESA. Ceño adusto
me pones; no es eso justo.
MARGARITA. Que lo es una voz me grita
del fondo de mi conciencia.
TERESA. Pues en tal oscuridad
se ha metido la verdad
por una extraña demencia...
que sepa yo mi delito?
¡Huyes de mí! ¿qué razon
te abona? una explicacion
muy natural solicito.
¡Ah! Margarita... ¿Qué génio

maléfico se ha filtrado
por tu sér que ha perturbado
bondad, reflexion, ingénio,
cuanto puede un pensamiento
delicado en la criatura
suponer y la hermosura
eran de tu entendimiento?

MARGARITA. De tal suerte se ha mezclado
la verdad con la mentira,
que hasta inocencia respira
el acento del culpado!
(Con indignacion.)

TERESA. Y si esto verdad no arguye...
Si esto inocencia no es...
¿á qué villano interés
mi mentira se atribuye?
He de ignorar mi pecado?

MARGARITA. Es su ignorancia muy crasa.
(Con ironia.)

TERESA. ¿Quién la dicha de esta casa
de tal modo ha trastornado
que la sombra del recelo
cuya aparicion me espanta
à donde voy se levanta?...
Escueta imágen de hielo
que silenciosa me sigue;
la paz de mi hogar allana
y hasta mi lecho profana
porque hasta en él me persigue?

MARGARITA. Repase usted su memoria...

TERESA. Ya lo hice...

MARGARITA. ¿Y qué encontró?

TERESA. Mucho que no torturó
mi honradez, mi única gloria...
(Con dignidad.)

Ayúdame tú... no hay dique
para un leal acusador...
pon en juicio, hasta mi honor;
aunque esto me mortifique...
Comienza ya...

MARGARITA. ¿No ha tenido
para la fé conyugal
ni una idea criminal?
¿Ajeno amor no ha podido
penetrar en el santuario
de su virtud?

TERESA. ¡Margarita!

MARGARITA. Ningun hombre solicita
su favor y al temerario
no le otorga ni un latido
su pecho, ni un pensamiento
tuvo para él, ni un acento
á espaldas de su marido?

TERESA. ¿Tal sospechas, Margarita?...
(Asombrada de que se dude de su fidelidad.)

MARGARITA. ¿Será ese llanto flaqueza
ó amargura? (Su belleza
junto á su dolor me irrita.
¡Es más hermosa que yo!)

TERESA. No te detengas, cruel...
acaba; dí quién es él!...

MARGARITA. ¡Me asombra! Su nombre no
saldrá nunca de mi boca.

TERESA. Pero lo sabes. ¡Qué horror!
¡Consientes mi deshonor!...

MARGARITA. A usted recordarlo toca...

TERESA. A mí, dices? ¡Oh! Dios mio!
¿Por qué para defender

su inocencia la mujer
le ofrece este vacio
y para manchar su honor,
puro cual limpio cristal,
hasta el aire por su mal
propala el falso rumor?
Te juro á fé de Teresa
que soy inocente: jura
quien nunca ha sido perjura!...
Conservo mi honra ilesa.
Dudas aun?... ¡Infelice
mujer; ya cuánto has perdido!...
que dar crédito has podido
al infamador se dice...

MARGARITA. ¡Bah! no me engañan mis ojos.
(Con crudeza. Al oirla Teresa se queda atónita, vacila y por fin exclama con acento profundo:

TERESA. ¡Mientes!... A otro tribunal
te voy á exigir justicia...
No ha de vencer la malicia
contra el honor conyugal...
¡Fernando! ¡Fernando! ven.
(Se dirige al foro.)

MARGARITA. ¿Qué intenta?

TERESA. No me detienes.
¡Fernando! ¿Por qué no vienes?

ESCENA V.

DICHOS, EL CONDE sombrio por el foro derecha.
Se detiene en último termino.

TERESA. ¡Fernando, sé tú mi juez!
Se pone en duda mi honor;
se arroja sobre tu frente
villano estigma... Presente

tiene á mi acusador.
Mírale y míralme á mí
y falla sin vacilar..
(Pausa. El Conde continúa en el foro mudo y grave.)
¿Te detienes á pensar
cuando me ahoga el frenesí?...
(Nueva pausa.)
Callas tú tambien? ¡Vacilas!
Estalle ya tu recelo...
¡Ah! son tus labios de hielo
y de sombra tus pupilas.
(Al observar la fria y severa actitud del Conde.)
¡Qué semilla tan fecunda
la de la calumnia!... Ayer
se sembró acaso y doquier
ya el fruto podrido abunda!
(Con arranque soberbio.)
No habrá término que pueda
poner fin á mi agonía!...
(Con acento quejumbroso.)
Si mi esposo desconfía
de mi honra... ¿Qué me queda?...
(Prorumpe en amargos sollozos dejándose caer en un sillon.)

CONDE. Retírate Margarita.
(Señalando á Margarita su habitacion derecha.)

MARGARITA. Me asustas!... Abre tu pecho
á la compasion... (Vase por la derecha.)

TERESA. ¿Qué has hecho?

ESCENA VI.

TERESA, EL CONDE se aproxima silencioso á Teresa. Siente impulsos de abrirle los brazos al ver la sinceridad de su dolor, pero se lo impide la duda que le atormenta y exclama:

CONDE. ¡Incertidumbre maldita!
¡Mujer! Si no eres culpable

compadece á un obcecado...
El dardo llevo clavado
de una duda miserable
en el fondo de mi alma...
Quiero Teresa, escapar
á su influjo y al azar
vago desde ayer sin calma;
pero en todas partes hallo
materia para mis dudas,
sé que me eres fiel y en rudas
incertidumbres batallo...

TERESA. Cuán deleznable es tu fé...
(Levantándose.)
que á la menor sacudida
yace en tierra, y sorprendida
por la calumnia se vé?
Tu conducta es increible.
¿Qué fundamento la escuda?
Es una llama la duda
que arde sin combustible?

CONDE. Piensas que lo sé yo mismo?
El áspid pica y se esconde...
Ciego estoy, no sé por dónde
habré caido al abismo,
pero que sepas es bueno
que todo Madrid lo sabe!
que más vergüenza no cabe
en más repugnante cieno.
¡Que os amais Eduardo y tú!
¡Que me ha sido traidor él!
¡Que tengo una esposa infiel!

TERESA. (¡Santo Dios!) (Estremeciéndose.)

CONDE. ¡Por belcebú!
(Cogiendo rudamente á Teresa de un brazo.)

no te amblen ni palidezcas...
Mientras yo viva y te ame
Teresa, la prueba infame
por tí misma no me ofrezcas...
Júrame que no ha sentido
por ese hombre, ni un momento,
tu alma, ni un pensamiento,
tu corazon, ni un latido.

TERESA. Lo juro; con condicion
(Dice «Lo juro» con nobleza. Despues pausa y sigue el verso.)
que no juraré dos veces...
Si de nuevo desfalleces
y se ofusca tu razon,
satisface tus rencores.
Me matas, enhorabuena;
pero de esta amarga escena
evítame los dolores.
Mátame sin compasion;
sin darme tiempo á pensar
que quien así te hace obrar
es la vil murmuracion. (Con amargura.)
Ahora que Eduardo venga.
(Con nobleza.)
Lo exige así mi reposo...
Le pediré ante mi esposo
que mi inocencia mantenga.

CONDE. A Eduardo se lo ha tragado
la tierra... No se le encuentra
por parte alguna... El concentra
mis miras... Ya le he buscado
con ardor inútilmente...
El único que debia
poner punto á mi porfia

era él y sordamente
la borrasca se formó
de mis dudas. ¿Por qué huye?
me dije....¿Por qué rehuye
nuestra presencia? Así yo
he llegado hasta dudar
de tu virtud... ¡Soy tan viejo,
Teresa, que ya me dejo
como un muchacho engañar!
Te creo, sí... ¡Ah! respira
en tu frente la pureza...
Ella á separar empieza
la verdad de la mentira!

TERESA. ¡Fernando!
(Acercándose al Conde hasta colocar entrambas manos sobre sus hombros.)

CONDE. ¡Parece un sueño
la dicha de poseerla!...
¡Oh! lástima que esta perla
no pertenezca á otro dueño...

TERESA. ¿Qué dices? (Separándose.)

CONDE. Perdóname:
tal vez me guardas rencor...

TERESA. Fernando, tuyo es mi amor
y mi esperanza y mi fé.
(Volviendo á los brazos del Conde.)
Tente á tí más caridad:
Si así piensas, no es extraño
que labres tu propio daño
por vana puerilidad.

CONDE. ¿Qué? ¿No es lástima que el sol
por tantos necesitado,
preste á un yermo desolado
su más hermoso arrebol?

Teresa, puede el deber
(Casi al oido de Teresa con voz muy conmovida.)
resistir á todo afan...
incorruptible guardian
del honor de la mujer?...
¡Es ruindad esto! Miseria
de mi espíritu quizás!...
¿No le sobornan jamás
los goces de la materia?
Que yo declinando voy!...
La vejez es mi martirio!
Tú eres temprano lirio.
Yo encina caduca soy!
Tanto puede envejecer
la encina... Se puede tanto!
lisonjear el encanto
del lirio, que llegue á ser
su coyunda desigual,
si no chochea mi juicio,
para el uno un sacrificio
y para el otro un erial!

TERESA. ¡No, Fernando!
(Estrechándose más á su marido.)

CONDE. No prosigas.
Sé que he dicho un desatino...
Lo sé, y por ese camino
no es menester que me sigas...
Déjame, vé á tu aposento...
(Separándola dulcemente de sus brazos, muy conmovido.)
El llanto es debilidad
en el hombre... ¡Soledad
me reclama el pensamiento!
(Vase Teresa por la izquierda. El Conde se sienta.)

ESCENA VII.

EL CONDE.

¡Sí! Es pura y virtuosa
como la misma virtud...
mi miserable inquietud
no es digna de tal esposa...
Solo hay que ver el destello
de su mirada triunfante,
ó mirarse en su semblante,
para convencerse de ello...
Encontró débil mi fé
el mundo y echóme un cable,
y ciego cual miserable
náufrago, á él me agarré...

ESCENA VIII.

DICHO, AGUSTIN por el foro izquierda.

AGUSTIN. ¡Señor! (Con gran interés.)
CONDE. ¿Tú? Di lo que quieres
y vete.
AGUSTIN. Cumplí su encargo.
CONDE. ¡Ah! ¿Tambien tú? No necesito
saber nada... ¿Qué has pescado
en esa corriente túrbia?
Vete... Espera... ¿Sabes algo?
(Levantándose.)
AGUSTIN. Si el señor me lo permite,
contaré...
CONDE. No seas tardo.
AGUSTIN. Llegué á la casa... Una moza
campesina me abrió paso...
y en el fondo de una alcoba

ví una cuna y acostado
en ella á un hermoso niño...

CONDE. (Me asesina este bellaco.)

AGUSTIN. Luego pude averiguar,
pues buena maña me he dado,
que á la casa suele ir
una señora de rango,
que le dá un beso al infante
al despedirse, con algo
de ese interés que una madre
siente por su hijo...

CONDE. ¡Menguado!
Vete ya de mi presencia;
pero no; sigue...

AGUSTIN. (Me escamo.)

CONDE. Sigue, Agustin; de mi cólera
te permito no hacer caso.
¿No te dijeron las señas
de esa mujer?...

AGUSTIN. Su retrato
me hicieron...

CONDE. ¿Es jóven?

AGUSTIN. Sí.

CONDE. ¡Esbelta!

AGUSTIN. Cabal, un pálido
matiz su rostro hermosea...

CONDE. Basta ya... Agustin, te encargo
el mayor secreto... Vete.
(Vase por el foro.)

ESCENA IX.

EL CONDE.

Si dejo que siga hablando

me dice que es mi mujer;
y si lo dice, lo mato. (Pausa.)
¡En algo el mundo se apoya!...
Luego el rumor no es tan falso.
Es el hecho verosímil
y además existen datos,..
Jóven y esbelta, en el rostro
un hermoso matiz pálido...
La hermosura de Teresa;
en esto sí que acertaron.
Comienza á bullir de nuevo
mi cabeza... ¡Qué insensato
soy, ya casi me inclino
á aceptar lo que fraguaron
casualidad y malicia
contra mi honor, no manchado.
¡Bah! Deshonra más ó ménos!...
¿qué le importa echar al fango
á otro lo que no es suyo?...
¡Ah! si pudiera al villano
autor de tanta desdicha
conocer y así estrujarlo!...
¡Teresa! Muy inocente
tienes que ser, ó es muy malo
el mundo, sino juguetes
ó miserables esclavos
del azar y de la suerte,
somos los que así jugamos
la honra, con más peligro
que arriesgándola á los dados!

ESCENA X.

DICHO, LA VIZCONDESA por el foro izquierda.

CONDE. ¡La vizcondesa!
VIZCONDESA. Felices
conde... Vengo sudando.
CONDE. Sí: porque hace un calor... (Distraído.)
VIZCONDESA. ¿Cómo? Si hace un frio bárbaro...
CONDE. Es verdad... No recordaba
que en el mes de Enero estamos.
Quiere ver á Margarita;
convenido; está en su cuarto.
Yo entre faldas no me meto,
les dejaré libre el campo.
VIZCONDESA. ¿No sabe usted?
CONDE. Todo, todo...
VIZCONDESA. ¿Luego se han adelantado?
¿Quién ha sido?
CONDE. No recuerdo.
Agustin, sino me engaño.
(Sale aquí Margarita.)
¡Necesito respirar
el aire libre!... ¡Me abraso!...
(Vase por el foro.)

ESCENA XI.

DICHO, MARGARITA por la derecha.

VIZCONDESA. ¡Margarita!
MARGARITA. ¡Láura amiga!
VIZCONDESA. ¿Tú ya sabes?
MARGARITA. ¿Ocurre algo
de nuevo?
VIZCONDESA. Vamos, respiro.

Conde!

(Volviéndose creyendo encontrar al Conde.)

MARGARITA. Papá ha volado.

VIZCONDESA. ¿Nada te ha dicho?

MARGARITA. ¿Quién? ¿El?
¿Pues qué ha ocurrido?

VIZCONDESA. Un escándalo
mayúsculo en el Veloz...
Una historia... botellazos...
desafio... que sé yo...
Y el protagonista, Eduardo.

MARGARITA. Dios mio! ¿Y por qué motivo?

VIZCONDESA. ¡Por ella!...

MARGARITA. Me ha traspasado
el corazon la noticia...
¿Y Eduardo se bate?

VIZCONDESA. Claro,
por su dama.

MARGARITA. ¿Cuándo fué?...

VIZCONDESA. Presentóse anoche Eduardo
en un círculo de jóvenes,
donde se hablaba á destajo
de aventuras amorosas
y de deslices tapados,
en ocasion en que iban
sus amores en los labios
unidos á cierto nombre
que por prudencia te callo;
chica, cogió al narrador
del cuello, y le hubiera ahogado
si no acuden en su auxilio.
Despues otros se encargaron
de arreglar el duelo... ¿Lloras?

Despréciale, es un menguado.
No te amaba...

MARGARITA. ¡No me amaba!

VIZCONDESA. Supongo que habreis tronado...
¿Eh?

MARGARITA. Para siempre.

VIZCONDESA. (Con complacencia.) Bien hecho.
Y la modistilla?

MARGARITA. ¡Ingrato!
Hoy me temo una catástrofe!

VIZCONDESA. El conde peca de cándido;
debe estar ciego sin duda
cuando consiente el escándalo...
Para estos casos... divorcio.
Ese es el medio más práctico...
mira, y me da compasion
la chica, casi un milagro
obró la suerte con ella
y se le fué de las manos
la fortuna, ¡y no imagines
que deseo ajenos daños!
No tal... de sus culpas sufre
el amargo resultado:
Dios nos manda perdonar;
sigo el precepto cristiano.
(Con hipocresia.)

ESCENA XII.

DICHOS, EL BARONCITO por la izquierda del foro.

VIZCONDESA. Pero aquí está el baroncito.

BARONCITO. Ya hay correo adelantado.

VIZCONDESA. Supongo?...

BARONCITO. Todo lo sé;

se excusa usted de contarlo.
(Esta mujer es un águila
cuando corre más que el gamo.)

VIZCONDESA. Se batirán? (Aparte al Baroncito.)

BARONCITO. Ya lo han hecho.

VIZCONDESA. ¿De veras? ¿Y el resultado?

BARONCITO. Poco á poco... No conviene...

MARGARITA. ¿Qué murmurais por lo bajo?
Se saben ya más noticias?...

BARONCITO. Lo que Láura te ha contado
solamente...

MARGARITA. Cuándo tiene
lugar el duelo?

BARONCITO. Eso es largo
Margarita, mas no creas
que siempre llegan al campo
esas cuestiones, á veces,
y esto es lo más ordinario,
terminan en Fornos... Sirven
para pasar un buen rato
en torno de alguna mesa
entre el humo del tabaco
y los picantes estimulos
del paladar y el olfato...
De un duelo fuí yo padrino
que en Fornos dió batacazo
y te aseguro que allí
de tal modo se soltaron
las lenguas, que hubo materia
para duelos, más de cuatro,
y allá se quedó olvidada
entre manteles y platos.
Esa es la historia de muchos

desaños, mientras tanto
vá el globo por el vacio,
como otro dijo, rodando.
No temas; no llegará
la sangre al rio; tu Eduardo
es un buen chico.

VIZCONDESA. Tal creo.
(Cuando éste le alaba tanto
debe haber muerto en el duelo...
está haciendo su epitafio.)

MARGARITA. Enrique, tú no podrias
evitar?...

BARONCITO. Ya lo he intentado;
pero hija, ha sido gordo
por esta vez el escándalo...
La bola de nieve, ha ido,
con tanta vuelta, aumentando
de volúmen... Ya no es
segun dijeron, un caso
de amor platónico; hay
de por medio un tierno vástago...
eso, usted, no lo sabia!...
(Con aire de triunfo á la Vizcondesa.)

VIZCONDESA. Llena de asombro he quedado...

MARGARITA. ¡Con qué crueldad en mi alma
se vá el puñal ahondando!

BARONCITO. Naturalmente, hay tambien
nodriza, casa de campo,
mimos, besos, despedidas
y lágrimas y regalos.

MARGARITA. Pero es una groseria...
Eso es cobarde y villano...
Mentira que exista tanta

liviandad... Se ha exagerado
la falta de la condesa
y de la calumnia el barro
nos vá llenando de lodo...
Bien merece por honrado
el hombre que protestara
de ese proceder bastardo...

BARONCITO. Eso pienso yo tambien,
que es un proceder villano,
porque al fin se me resiste
á mi conciencia algun tanto...
Pero así es el mundo, prima.

MARGARITA. Mundo miserable y malo...

VIZCONDESA. Cierto que es grave el suceso;
y si solamente hablaron
por gusto de manchar honras,
es más que falta, es pecado.

MARGARITA. Más aun que pecado... un crímen
inaudito...

VIZCONDESA. Habrá algun dato,
siquiera insignificante;
un perfil habrá bastado
á esa gente para hacer
todo el calumnioso cuadro...
¿No sabe usted? (Con malévola intencion.)

BARONCITO. Hay quien dice
que ha visto al propio muchacho:
otros que saben la casa;
quién al ama ha sobornado...
Pero mienten de seguro...

VIZCONDESA. ¡Coincidencias!

BARONCITO. Lo malo
es el ardor que empleó

para defenderla Eduardo,
sabiendo lo que ocurria...
(Con implacable reticencia.)

VIZCONDESA. Ha dado usted en el clavo.

MARGARITA. (¡Y á mí me ha dado en el pecho!)

BARONCITO. Si hubiese sido un extraño,
enhorabuena, es muy justo
que defiendan los hidalgos
la honra de las casadas,
metiéndose por un alto
y generoso desvelo
á desfacer sus agravios...

VIZCONDESA. Y que ha hecho mal es seguro;
(Aquí aparece Teresa por la izquierda, deteniéndose en el dintel de la puerta sin que los actores se aperciban de su presencia.)
su conducta dará pábulo,
á que despues del suceso,
se crea á puño cerrado
lo que ántes era dudoso.

BARONCITO. Así es como van pasando
las congeturas á hechos
y las sospechas á datos.
Con lo cual queda el problema
de sus incógnitas franco.

VIZCONDESA. Mereció un atroz castigo
quien inventó aquel adagio
de que *cuando el rio suena...*

MARGARITA. ¿Conque tal se mostró Eduardo?

BARONCITO. Furioso!...

MARGARITA. ¡Será posible
que le maten!...

BARONCITO. Su adversario
por fortuna no es muy ducho;
es el marqués de San Lázaro!...

VIZCONDESA. Un jóven... te lo conté!...
que hace tiempo separado
vive de su esposa... Enrique,
si no há mucho me contaron
que es todo un espadachin!

MARGARITA. ¡Ay, Dios mio!...

BARONCITO. (Ya lo ha echado
á perder.) ¡Bah! ¡Bah! cualquiera
puede ganar un asalto
y creerse ya un maestro...

VIZCONDESA. Diga usted: ¿ha muerto Eduardo?
(Aparte al Baroncito.)

BARONCITO. Eso se corre.

VIZCONDESA. ¡Jesús!
Y quién le dá tan mal trago?

ESCENA XIV.

DICHOS, TERESA que grave y muda permanece en la puerta izquierda.

BARONCITO. ¡La condesa! (Notando su presencia.)

VIZCONDESA. ¡La condesa!

TERESA. Siga la murmuracion;
mi muda presentacion
no merece su sorpresa.
Siga el injusto desdoro,
siga el audaz menosprecio;
pero no hablen tan recio
por vergüenza ó por decoro.
¡Esta gente desdichada
que en mi honra se entromete,
en casa ajena se mete
como en tierra conquistada!
Señores, por compasion
no muestren tan vivo empeño

que aun tiene la casa dueño;
calmen algo su ambicion...
pudieron impunemente
hollar derechos ajenos,
pero empleen, á lo ménos,
una forma conveniente.
¡Ah! ¡Conque no ha de poder
á la ruin maledicencia
imponerse la conciencia
por virtud ó por deber;
y honor y tranquilidad
serán siempre el favorito
manjar que el ciego apetito
sacien de la ociosidad!...
Realizaron sus deseos!
Suya ha sido la victoria:
ya pueden ir de su gloria
recogiendo los trofeos!...
Una casa sin reposo;
la fé conyugal marchita!
la incertidumbre maldita
en el alma del esposo.
Un dedo difamador
nuestros nombres señalando;
la opinion reconcentrando
de nuestro hogar en redor.
La esperanza hecha girones;
la casta honra desnuda
y el gusano de la duda
royendo los corazones!...
Vengan, vengan en tropel,
cortesanos sin entrañas,
de sus ociosas campañas

á recoger el laurel:
pero sepan que su anhelo
no halló de saciarse modo;
puso mi cuerpo en el lodo
y mi conciencia en el cielo!
Y ahora fuera de aquí!
Honren ménos esta casa
porque su umbral no traspasa
quien no sabe honrarme á mí.
(Toca un timbre y sale Agustin.)

VIZCONDESA. ¡Que humillacion!

BARONCITO. ¡Nos despide!

TERESA. Acompaña á estos señores.
(Con energía dirigiéndose á Agustin y señalándole el grupo que forman la Vizcondesa y el Baroncito.)

MARGARITA. ¿Serán justos sus rigores?
(Levantándose subyugada por el acento de sinceridad de Teresa.)

VIZCONDESA. Esto represalias pide!...
El brazo... (A Margarita.)

TERESA. Tú, quédate!
(Con acento suplicante.)

MARGARITA. ¡Vamos!

VIZCONDESA. Me ahoga la ira!
(Vanse seguidas del Baroncito por el foro izquierda.)

ESCENA XV.

TERESA.

¡Ah! ya mi pecho respira!
Al monstruo-mundo arrojé...
(Se deja caer desfallecida en un sofá.)
¡Deshonrada! ¡Envilecida!
Mi desconsuelo es profundo!...
¡Oh! qué máquina es el mundo

tan infernal... ya movida
gira con furia salvaje;
gira y gira sin conciencia
aunque arrolle á la inocencia
en su implacable rodaje.
Infeliz de la mujer
que vá entre lenguas mezclada...
¡No le basta ser honrada,
parecerlo es menester!...
¡Casta virtud que caminas
llena de fé en tus amores,
vas coronada de flores
por una senda de espinas!
Te recuerdan el deber
enfrente del atropello
cuando pende de un cabello
la honra de la mujer.
Te atan codo con codo;
te ligan entrambos piés,
y que andes piden despues
so pena de echarte al lodo!

ESCENA XVI.

DICHO, EL CONDE por el foro derecha.

TERESA. ¡Fernando! ¡Fernando mio!
CONDE. No en mis brazos... A mis plantas
quiero verte de rodillas!...
TERESA. Tú has creido?...
CONDE. Me arrebatas
la dicha, por el vil lodo
mi noble apellido arrastras,
y aun á levantar te atreves

hipócrita las miradas?...
¡De rodillas!...

TERESA. ¡Es un sueño
sin duda cuanto me pasa!...
Si me abandonas, Señor,
en este trance, tu esclava
hundida caerá en el polvo!...
Recobro el ánimo... ¡Gracias!...
De rodillas, señor conde,
solo Dios me vé postrada...
no puede el hombre, ni aquél
que mi marido se llama
verme humillada á sus piés
como reo de una infamia...

CONDE. Me asombra tanto cinismo
y tan repugnante audacia.
Quien te mate debe hacerlo
sin oir ni una palabra
de tus labios fementidos...

TERESA. ¿Quieres matarme? Pues mata.
(Con serenidad pero terriblemente conmovida.)

CONDE. No desafies mi cólera,
Teresa. Pídeme calma,
que el rayo quiere estallar
y ¡ay! de nosotros si estalla!
Confiésame tu delito...
dímelo, que acaso lástima
tenga de tí... Sácame
si eres pura de las garras
de la calumnia, ó confiesa
de una sola vez tu infamia.
Mira que hay sombra en mis ojos;
por mis venas corre lava,

y que una ola de sangre
todo invadirlo amenaza.

TERESA. Esto se acaba en un punto:
juré mi inocencia, mata.

CONDE. Torrente soy que se estrella
contra granítica valla;
pero el torrente se engruesa
hasta que al fin la rebasa.
(Se detiene, mira á distintos lados, y luego con acento de reconcentrada ira aproximándose á Teresa, dice:)
¡Viniste impura á mi lecho!...
¡Mereces morir!...

TERESA. ¡Pues mata!
Tú, aunque viejo, eres forzudo;
puedo morir ahogada
en tus manos; pruébalo
ántes que vuelva la calma
á tu ofuscado cerebro.
Lograrás tu intento; agarra
mi cuello; retuérceme;
que cuando el furor estalla,
cada nervio es un tornillo,
cada mano una tenaza.
Tienes á quien imitar...
al feroz Otelo; acaba.
(El Conde retrocede.)
No te atreves. ¡Ay, esposo!
la naturaleza mansa
cedió á un general trastorno
cuando opera tal mudanza
en el carácter del hombre...
rompió su yugo la esclava;
ya entre cien hombres no pesan
lo que una mujer levanta.

Sin razon me has ultrajado...
Te perdono... No me matas
porque crédito no das
ni tú mismo á tus palabras ..
Te perdono porque sé
que eres celoso; una falta
que lisonjea el orgullo
único que siente mi alma...
(El Conde se deja caer vencido en un sillon)
Eres ladron de tu dicha;
más merecedor de lástima
que de castigo .. pero oye,
tú que sin piedad me ultrajas
una historia que sé yo
y aquí tenia encerrada...
El que ántes deshonró;
el que por lascivia insana,
convirtió en monton de barro,
candor, pureza, esperanza.
El noble que amor fingió
á la plebeya y lograda
su hartura dejóla luego
en el arroyo sin lástima...
Ese espíritu de roca,
ese noble sin entrañas
tiró la primera piedra...
Justicia pide esta hazaña!
Acuérdate de Inesilla.

CONDE. ¡Inesilla!

TERESA. ¿Qué? ¿Ignorabas
que era mi amiga más íntima,
compañera de la infancia?
¿Verdad, señor, que era hermosa?
(Con voz muy baja.)

Verdad que era una guirnalda,
hermosa como una gloria,
dulce como una esperanza?
Vos que agotásteis su aroma
y robásteis su fragancia
á aquel lirio, vos sabreis
si son ciertas mis palabras:
¡quince años! ¡un hospital!
una vida que se exhala
en esa doble penumbra
de la agonía y las lágrimas...
Un hermoso serafín
que extiende al cabo sus alas
dejando el cuerpo de barro
en medio de impura charca...
Esa es la historia... ¿jamás
vuestro espíritu acibara?...

CONDE. ¡Inesilla! ¡Pobre niña!
¡Teresa! ¡Teresa! calla!
Fué una horrible tentacion...
¿Era tu amiga? Me espanta
su recuerdo... Mi cabeza
quiere estallar... tenme lástima.
Soy celoso; tú lo has dicho...

TERESA. (¡Pobre esposo! Este castigo
á sus ultrajes... me espanta...
que se sosiegue... despues
con una sola palabra
compensaré su amargura;
será su dicha acabada.
Yo necesito tambien
dar libre curso á mis lágrimas.)

(Vase por la derecha.)

ESCENA XVII.

EL CONDE.

Cruzó la pálida imágen
ante mis ojos... Su blanca
aparicion ha podido
más que las sombras que atan
mi pensamiento á esa noche
de calumnias y de infamias.
Es la pena del Talion!
Todo aquel que á hierro mata,
á hierro muere... ¡Insensato!
Me hago juez en propia causa.
Deshonro y quiero ahogar
al que mi deshonra labra!
Me impongo como el más fuerte...
¡De rodillas á mis plantas!
¡Desventurado! Y si cae
mi afrenta queda probada.
¡Qué nudo tan infernal
esos dos hechos enlaza!...
Yo acuso á otro del crimen
mismo que forma la página
más sombria de mi historia...
¡Ah! No merezco que honrada
sea Teresa... los celos
la luz del cerebro apagan...

ESCENA XVIII.

DICHO, AGUSTIN por el foro izquierda.

AGUSTIN. ¡Señor! ¡Señor!
CONDE. Mi ángel malo.

¿Me buscas?... ¿De qué otra infamia
eres correo?

AGUSTIN. Pregunta
por la señora con ansia
un campesino.

CONDE. ¿Qué me importa?
¿Me devuelve eso la calma
que perdí?

AGUSTIN. Trae un recado...

CONDE. Pues que lo dé y que se vaya.

AGUSTIN. Se irá con él la condesa...

CONDE. ¿Cómo? ¿Que interés le llama?...

AGUSTIN. Señor!... Se les muere el niño
y su presencia reclaman.

CONDE. ¿Qué escucho? Sí... ya lo entiendo...
Por el dolor que la llaga
me hace, bien se conoce
que han puesto en ella la brasa...
Esta vez, el deshonor
se me presenta sin máscara...
Corre, introduce á ese hombre
al momento en esta sala...
Dale aviso á la condesa.
(Vase el criado por la izquierda.)
¡Ah! por fin encuentro franca
una salida... por ella
voy á meterme aunque salga
al borde de un precipicio:
la seguiré donde vaya...
Si me es infiel... por infiel;
y si honrada, por honrada...
(Sale Agustin por la izquierda.)
Y bien, le has dado el aviso?...

AGUSTIN. Se agitó... se puso pálida.
Va á salir...

CONDE. Disponle el coche...
y la berlina prepara...

AGUSTIN. Abajo espero sus órdenes.

CONDE. Dale al mensajero entrada.
(Vase Agustin foro izquierda.)
Entretanto aquí me escondo;
(Ocúltase tras el cortinaje que cubre la puerta de la derecha.)
cubra la seda mi cara
que debe causar espanto
si como dicen retrata
las iras que se revuelven
en los abismos del alma.
Aquí viene... ¡Trae prisa!

ESCENA XIX.

DICHO y á un tiempo TERESA por la izquierda y TOMAS por el foro izquierda.

TERESA. Tomás, al punto, qué pasa?

TOMAS. Que al niño le ha dado un pasmo.

TERESA. ¡Se me muere!... ¡Vírgen santa!
¡Agustin! ¡El coche!... ¡Pronto!
Sígueme Tomás.
(Vase foro izquierda seguida de Tomás.)

ESCENA XX.

EL CONDE saliendo de su escondite.

CONDE. Se marcha!
La seguiré!... ¡Cierto era!...
¡Ya está mi afrenta probada!...
¡Ignoro cómo he podido
contenerme!... Corro á caza
segura... no pierdo el rastro.
(Se dirige resueltamente al foro izquierda.)

ESCENA ULTIMA.

DICHO, MARGARITA sobresaltada foro izquierda.

MARGARITA. Papá, qué ocurre!...
CONDE. La infamia
que ya lo ha invadido todo...
¡Yo soy quien te calumniaba;
no, mundo, no eres un santo!
MARGARITA. ¡Dios mio! te vás?
CONDE. Aparta...
que no hay tiempo que perder...
ni es esta hora de lágrimas...
MARGARITA. No lo consiento... estás ciego,
y me temo una desgracia...
CONDE. Que apartes digo. ¡Ahi quedas!
(La aparta bruscamente. Margarita cae al suelo de rodillas.)
Eres muy débil muralla...
(Vase precipitadamente por el foro.)

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO

Cuarto en el interior de una casa de campo muy limpio y aseado, con alcoba al foro izquierda y puertas laterales á ámbos lados y al foro derecha. A la entrada de la alcoba una cortina dispuesta de modo que permita ver perfectamente al espectador una cuna que se situará en el fondo de aquélla. Marta aparece saliendo de la alcoba como procurando no hacer ruido para no despertar al niño, que se supone dormido en la cuna. Luz dentro de la alcoba.

ESCENA PRIMERA.

MARTA.

¡Respiro!... Al fin se ha sosegado...
Creí el peligro inminente.
Fué un pasajero accidente
que un susto mortal me ha dado.
¡Sufrí tan cruel sorpresa!...
Mas si grande fué mi susto
no será flojo él disgusto
que llevará la condesa.
¡Marta! Que cuides al niño...
Sé una madre para él;
dale la abundante miel
de un acendrado cariño.
Marta; en tus manos mi vida
deposito; no lo olvides.

Si algo te pide, me pides;
si exige cuidados, cuida...
Que obré de prisa sospecho.
Su anhelo será mortal;
mi aviso, como un puñal
se habrá clavado en su pecho...
¡Pensé que se me moria!. .
Exceso de afan ha sido...
le diré lo sucedido...
tras la pena la alegria...

CAMPESINO. ¡Marta! ¡Marta!... (Dentro.)

MARTA. ¿Quién me llama?

ESCENA II.

DICHO, EDUARDO herido apoyándose en un CAMPESINO por el foro derecha.

MARTA. ¡Santo Dios! ¡Un hombre herido
en mi casa!... ¿Qué ha ocurrido?...

CAMPESINO. Lecho y descanso reclama
lo primero.

MARTA. ¡Ay, Dios mio!...

EDUARDO. No grite, buena mujer;
pues por mí no hay que temer.

MARTA. ¿Quién le hirió?

CAMPESINO. Fué un desafio.

EDUARDO. Denme agua!...
(Marta, sale y entra á poco con un vaso de agua que pone en los labios del herido.)
¡Ya he tomado
fuerzas... Nadie se inquiete!...
Esto no es nada; el florete
apenas ha penetrado
en mi pecho; más ahondó

y por senda más mortal
de la calumnia el puñal
y aun me encuentro vivo yo.
¡Bah! No muere fácilmente
quien muestra teson tan rudo...
Mi adversario, no lo dudo,
me creerá muerto; ¡inocente!...
Mucho en su destreza fia;
pensará que me ha matado
cuando solo me ha causado
una higiénica sangria.
Pensará que en este punto
halló fin la cruda guerra,
y no sabe que la tierra
le hará aun morder el difunto.
Más agua!... Gracias. El modo
de pagar tanta bondad
ya hallaré...

MARTA. Hospitalidad
hasta que se halle del todo
restablecido, aquí tiene.

EDUARDO. La acepto, buena mujer.

CAMPESINO. Que descanse es menester.

EDUARDO. Sí; reposar me conviene.
Hay un lecho para mí?...

MARTA. Ayúdale!...

EDUARDO. No es preciso...
¡Mi buena estrella no quiso
que muera!...

MARTA. Llévale allí ..
(Señalando el cuarto de la puerta derecha.)

EDUARDO. No siento la herida; siento
la traidora mordedura

del áspid, que no se cura
como lesion de un momento.

MARTA. Hilas, bálsamo...
(Sacándolos de un armario y entregándolos al Campesino.)

EDUARDO. Mejor
mucho mejor me curara
si el vendaje se empapara
con sangre del impostor.
(Entra auxiliado por el Campesino en el cuarto de la derecha.)

ESCENA III.

MARTA.

Bien dice un refran que cuando
viene un mal, no viene solo.
Tras un susto, una desdicha
y aun me resta, para colmo
de males, que la justicia
intervenga y no halle modo
de resolver este asunto
y pague yo culpas de otro,
por meterme á redentora...
Tal vez le ofrecí muy pronto
hospedaje... pero en fin,
á lo hecho paciencia pongo.
No ampararle hubiera sido
de la crueldad el colmo.

ESCENA IV.

DICHO, el CAMPESINO saliendo.

CAMPESINO. De su herida los rigores
sufre sereno... ¡Qué alma!
No logran vencer su calma

los más agudos dolores.
Ni por el mal que le aqueja,
ni por la sangre perdida,
ha sido eficaz su herida
para arrancarle una queja.
No creí, te lo confieso,
que hubiese en el señorio
personas de tanto brio
y mozos de tanto peso.

MARIA. En resúmen, lo ocurrido
tú sabes?

CAMPESINO. A mi trabajo
iba yo por un atajo,
cuando me hallé sorprendido
por una curiosa escena
de dos hombres que luchaban
y otros cuatro que miraban
impasibles su faena.
Las armas conque reñian
los callados combatientes,
dos iracundas serpientes
en sus manos parecian.
Unas veces se enroscaban
despidiendo extraña luz;
otras poníanse en cruz
y como sierpes silbaban.
Los restantes caballeros
no hablaban ni se movian
pero los ojos ponian
con ansia en sus compañeros.
Este mozo, le ví bien;
de frente á mi peleaba;
cara á su adversario daba

con cierto altivo desden.
Serena estaba su faz;
como si el mozo la vida
no arriesgara en la partida.
Pero el otro más audaz,
más ducho ó afortunado,
tiróse de pronto á fondo
y le hizo caer redondo
á sus piés ensangrentado.
Yo que el percance observé,
como arrojado venablo
ó alma que huye del diablo
del sitio aquel me alejé:
pero lo que el miedo á veces
en nuestro ánimo quita
la curiosidad maldita
lo suele poner con creces.

MARTA. Te volviste?

CAMPESINO. Me volví
y encontré con harta pena,
abandonada la escena
y solo al herido allí;
con agua de un riachuelo
le hice volver á la vida
poniendo sobre su herida
empapado mi pañuelo.
—Me abandonaron; me dijo;
por muerto he quedado aquí;
mil gracias; si no es por ti
exhalo el alma; de fijo.

MARTA. ¿Por qué riñeron?

CAMPESINO. No sé;
por cualquier cosa seria;

juventud, ócio, alegría
y dinero; bien se vé,
pues hay sangre derramada
y hubo riña y desafío,
que debe andar en el lio,
alguna mujer mezclada.
Jóvenes que no vacilan
en resolver á sablazos,
cuestiones que á puñetazos
lindamente se ventilan.
Debe el honor de esta gente
tener un feroz instinto
cuando solo en sangre tinto
se lava perfectamente.
No limpia, Marta, un sopapo,
limpia una herida cualquiera
como si la sangre fuera
jabon y la honra un trapo.
(Oyese el ruido de un carruaje.)
¿Qué ruido es ese?

MARTA. Un carruaje...
¡Mi señora!... Voy corriendo.
(Vase por el foro.)

ESCENA V.

CAMPESINO.

Un coche aquí... lo comprendo...
algun nuevo personaje...
La tal Marta, si oportuna
es en pedir y en el niño
pone interés y cariño,
por lo visto, hará fortuna.
La suerte no tiene seso...

¿Por qué á unos, vamos á ver,
les dá la carne á comer
y á otros les deja el hueso?...

ESCENA VI.

DICHO, TERESA y MARTA por el foro. Luego vase el CAMPESINO.

TERESA. Respiro, Marta, respiro;
deseo verle... ¡Oh, fortuna!
Tranquilo duerme en su cuna
el ángel por quien deliro.
¡Defiéndele, Providencia,
de los tiros de la suerte;
que no se cebe la muerte
en esta dulce existencia!
¡Oh! qué hermoso está!... Parece
su boca un tierno capullo
dormido al plácido arrullo
de la brisa que le mece.
Viste semblante como él,
ni encanto más peregrino?
Su gracia el pintor divino
le dió con dócil pincel.
¡Ah! ¡Si sufre desengaño
terrible el que se imagina
que hácia su dicha camina
y tropieza con su daño...
Juzga, Marta, de improviso
cuál su alegria será,
si en pos de tristezas vá,
y se encuentra un paraiso.
En fin, te perdono el susto
que tu aviso me ha causado.

MARTA. No fué poco mi cuidado,
ni fué menor mi disgusto.
Ahora ya tiene color
su semblante... Se ha rehecho;
late con vida su pecho
y hay en su cuerpo calor;
pero ántes ¡vírgen María!
cubría su blanca tez
una mortal palidez...
Pensé que se nos moría...

TERESA. Calla, Marta... desventura
semejante no es posible.
¡Crueldad inconcebible!
¡Calla! ¡Pobre criatura!
Serás como flor que nace
llena de cuidados mil
y á una ráfaga sutil
de viento al fin se deshace
dejando á la enamorada
deidad que en ella delira
con el dolor del que mira
su dicha á un soplo frustrada?
¡Ah, no, no! Será tal vez
un aviso bienhechor...
que pedirá más amor
para templar la aridez
de su suerte desdichada...
Tal vez Marta le he tenido
muchos días en olvido...

MARTA. Estoy, señora, admirada...
Usted en Luisito adora;
¡un interés tan prolijo
solo una madre por su hijo

llena de afan atesora!

TERESA. ¡Su madre!... Yo no lo soy...

MARTA. ¿Que oigo?...

TERESA. Nunca esa historia
por no amargar mi memoria
te conté ..

MARTA. Me asombra!...

TERESA. Voy
á revelarte el secreto
aunque mi pecho taladre,
y por qué sin ser su madre
de mi ternura es objeto.
Oye, Marta... ¡Desdichada
la mujer que nace hermosa
y como fragante rosa
dá codicia á la mirada,
porque su gracia es iman
cuyo hechizo soberano
atrae tarde ó temprano
algun desbordado afan!
Mientras la fragancia pura
se codicie de la rosa
y haya una mujer hermosa,
habrá Marta desventura.
Este niño debe el sér
á ese fatal conjunto!...
Se dieron cita en un punto,
el hijo para nacer!
la madre para morir!...
Con un ósculo, salido
del corazon dolorido
que iba á dejar de latir,
ella de él se despidió

de ternura en un acceso.
¡La infeliz en aquel beso,
todo su sér condensó!...
y despues ya en la agonia
me miró la desgraciada...
¡Bien comprendí en su mirada
lo que decirme queria!...
Me miró con sér avaro,
puesta en los ojos el alma...
y yo la dije, ten calma;
seré de tu hijo el amparo.
Debió mis frases oir,
porque en sus labios de nieve
quedó una sonrisa leve
cuando acabó de morir.
Desde entonces yo he vivido
para su hijo únicamente...
Del amor sequé la fuente
en mi pecho enternecido.
Pese á su negra fortuna,
no careció el pobre niño
ni de maternal cariño
ni de confortable cuna.
Trabajé con ciego afan.
Yo era pobre, trabajé
y á veces hambre pasé,
porque á él le sobrara el pan...
en fin, olvidemos eso.

MARTA. Cuán grande y sublime accion!

TERESA. Mírale, dá tentacion...
¿Le despertaria un beso?...
Cuéntame...

(Quedan como siguiendo el diálogo en voz baja.

ESCENA VII.

EDUARDO saliendo de su cuarto.

¡Nada se escucha!
Seria un sueño?... Su voz
oí tan clara, tan dulce,
que aun repercute su son
en mi alma como un eco!...
¡Delirios sin duda!... Estoy
tan débil, que mis sentidos
tramaron esa ficcion
encantadora... ¡No se oye
como ántes la dulce voz!
¡Oh realidad, si te dejas
sorprender por la ilusion
de un modo tal! ¿ya quien puede
asegurar que son dos
la verdad y la mentira?
Habré muerto acaso yo?
Pero qué miro? ¿No es ella?
¡Qué cuadro! ¡Válgame Dios!
¡Calma Eduardo! Mi cabeza
las imágenes fraguó
de la rastrera calumnia
dándoles cuerpo y color,
hasta imitar á los séres
de carne y hueso... ¡No! ¡No!
Ella es... Yo estoy bien cierto...
Termine esta obcecacion.
¡Teresa! ¡Teresa!

ESCENA VIII.

DICHO, TERESA y MARTA saliendo de la alcoba.

TERESA. ¡Eduardo!
MARTA. ¡El herido!
EDUARDO. ¡Santo Dios!
¡Ella es! razon tenia
al jurar que era su voz.
TERESA. Usted aquí, Eduardo? Salir
no puedo de mi estupor;
observo cosas tan raras
desde algun tiempo...
EDUARDO. Yo soy
por desgracia... La fortuna
demuestra gran aficion
á sorpresas y emboscadas
cuando vivo me sacó
de las garras de la muerte
y á esta casa me llevó.
(Con amarga ironia.)
¡Teresa! ¡Qué daño me hace
tan horrible defeccion!
TERESA. ¿Quién le trajo en tal desórden?
EDUARDO. El infierno; que sé yo...
Conque era cierto, Teresa,
existia el deshonor?...
TERESA. Qué dice?... Jesús qué pálido
está su rostro...
MARTA. Llegó
herido á esta casa...
TERESA. ¿Herido?
Y bien, Eduardo. ¿Qué atroz
pensamiento abriga usted?

Con qué ceño ó qué dolor
me contempla... ¿Le curaron?
¿No hay riesgo?

EDUARDO. Cierto que no.
Fué una picada tan solo...
Miento que ha sido el mejor
castigo... ¡Y para esto, al cabo
dí tortura al corazon ..
arriesgué la vida... Nécio,
cuán caro pago el error!...

TERESA. ¿Qué dice? No le comprendo;
pero presiento que soy
objeto de algun peligro...
¡Fantasma amenazador
que se aproxima en la sombra
con lento paso!

EDUARDO. Fingió
ese semblante pureza,
tomó la casta expresion
de los ángeles y luego
el candoroso semblante
un antifaz resultó.
¡Teresa!... (La frente pura;
en el semblante el candor
todavia). No le espanta
su terrible situacion?

TERESA. Voy comprendiendo... Soy mala
ya para todos... Favor
á nadie puedo pedir...
¡Deshonrada, pues, estoy!...

EDUARDO. Ese niño... ¿No es su hijo?...

TERESA. ¡Luisito! ¡Comprendo! ¡Oh, Dios!
Se descorre el denso velo

de mis ojos... Eso no!...
Con grilletes la calumnia
maniatada me llevó...
hora és ya de que los rompa
una amarga confesion...
resplandezca mi inocencia
y conózcase al autor
del pecado... Esa infeliz
criatura, el mundo vió
merced al afan liviano
de un noble y rico señor.
Era su madre mi amiga,
amiga del corazon.
En un hospital la pobre
su triste vida exhaló...
¡Ah! se pinta la sorpresa
en su faz... la admiracion
le impide ver hasta el fondo
de mi plan... Ese señor...
esclavo de su deseo,
juguete de su pasion,
¿no sabe quién es?... ¡Mi esposo!

EDUARDO. ¡El conde!

TERESA. El fué el autor
de la desdicha. . Este es su hijo.

EDUARDO. Sublime mujer... ¡Perdon!
orgullo siento de haber
vertido mi sangre yo
por tan noble causa...

TERESA. Mire
su rostro; mas por favor
cuidado no le despierte.

EDUARDO. Es su hijo... No hay duda no;

es un retrato del conde;
su propia imágen...

TERESA. Mi honor
de nuevo ha salido ileso.
Hice mi resolucion...
Termine ya de una vez
esta lucha... El conde hoy
sabrá la verdad... ¡Dios mio!
Por esta satisfaccion
que ahora siento, no me impongas
algun nuevo sinsabor,
ya que alternan en la vida
felicidad y dolor!...
¿Qué es eso? Se siente mal?

EDUARDO. La vista se me nubló...

TERESA. Olvidábamos su herida...

EDUARDO. Un vaido! La emocion!...

TERESA. Tome mi brazo...

MARTA. Y el mio...

TERESA. Vuelva á su lecho por Dios.

EDUARDO. Yo no era digno de tanta
dicha... Puse mi amor
en el cielo y es de bárro
toda mundana pasion...
¡Maldito rasguño...
(Oprimiéndose el pecho con ámbas manos.)

TERESA. ¡Eduardo!...
Un esfuerzo por favor.

EDUARDO. Vamos, sí... Soy un cobarde.
¡Gracias! Me encuentro mejor!
(Vanse.)

ESCENA IX.

EL CONDE por el foro derecha. Al entrar cierra tras sí la puerta, corriendo el cerrojo.

Esta es la casa! Aquí es;
y Teresa no está lejos...
La presiento... la adivino;
hasta su rastro olfateo.
¿No lo dije? Esa es su voz.
Adelante!... Me estremezco
al pensar que está tan cerca
la ruda sorpresa... Siento
que trota mi corazon
como caballo sin freno...
¿Quién me detiene? ¡Allí está!!...
¡en ese cuarto!... ¡Allí dentro!!...
Esto tiene el atractivo
del abismo... Ya entreveo
su boca abierta á mis piés...
á su borde me contemplo,
y aunque avanzar no quisiera
avanzara sin remedio.
¡Me agarra la voluntad!...
¡Me tira de los cabellos!...
¡Con qué exquisita amargura
mi deshonra saboreo!
Un poco de espera! Es justo!
¡Teresa! mi amor, mi cielo,
mi ternura, mi esperanza,
todo en un golpe deshecho...
¡La carne! La impura carne!
Claro es! Si soy tan viejo!
¡Es mia!... Ninguno puede

ni en uno de sus cabellos
poner la mano... Yo soy
su soberano, su dueño...
pero su alma; su alma es de otro
y fácil, si no hallan freno,
castigar con ruda mano
los apetitos del cuerpo.
¿Pero quién detiene al alma,
esclava de sus anhelos,
que tiene para volar
abierto el espacio inmenso?
¡Infierno y rayo! ¿Qué miro?
Esa es la cuna... ¡Deseo
de la venganza, ya tienes
para saciarte un objeto!...
¿De la deshonra anhelaba
más pruebas? pues ya las tengo!...
Rabia, devora tu víctima!
¡¡Humanidad, te devuelvo
lo que me diste!!... ¡Ya el lobo
ha olfateado al cordero!...
(Entra en la alcoba y há poco sale.)
¡Ni siquiera ha despertado!...
¡Que siga, siga durmiendo...
¡A ver si puede su madre
despertarle con sus besos!...
¡Aquí, la adúltera infame!

TERESA. ¡Mi esposo!... (Dentro.)

ESCENA X.

DICHO, EDUARDO cubriendo la entrada del cuarto.

CONDE. ¡Eduardo! ¡Su amante!
¡Los dos! ¡los dos! allí dentro!
¡Ja! ¡ja! ¡ja! á mi voz responde

hasta el mismísimo infierno!
Tanto buscarte y te sales
(Con calma más terrible que la cólera.)
de mis iras al encuentro
en buena ocasion... Tu cómplice
que salga tambien espero...

EDUARDO. Cuando la calma recobres,
y la luz á tu cerebro
baje; cuando ese furor
que centellea siniestro
en tus ojos, se amortigüe...
Mientras tanto, yo te ruego
que mis palabras escuches
y ellas rasgarán el velo,
que como densa muralla
á tu alma le pone cerco.

CONDE. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Aun escapárseme
intentan los viles reos;
en su propia madriguera
aprisionados los tengo:
me está escupiendo en la cara
su sensualismo grosero:
palpo mi deshonra, toco
con mis manos el vil cieno:
cojo un puñado, le miro;
con paciencia le contemplo;
hallo que es lodo... me mancho,
y al cabo qué prueba esto?
que no hay tal lodo y que soy
yo el mentecato y el nécio!

EDUARDO. Conde, por el Ara Santa,
te juro...

CONDE. Tus juramentos
(Interrumpiéndole.)

no he de escuchar. ¿Tan imbécil
me crees... ó no has satisfecho
tu hartura y en la esperanza
de lograrlo, con el tiempo,
quieres que te abra una puerta
por donde salgas ileso?...
La justicia se ha cumplido:
cerré con puertas de hierro
toda salida... No hay sitio
por donde huir... Ni el inmenso
poder de Dios os librara
de mi venganza...

EDUARDO. No espero
nada bueno de tus iras.
Te han ofuscado los celos.
Pero por Cristo, ten calma,
conde... Piensa que primero
que llegaras á tocar
ni uno de sus cabellos
ántes haríasme trizas
y exhalaría el aliento...

CONDE. ¡Así! ¡así!... ¡Me complazco
en oirte! así te quiero...
Es tal mi furor, que pide
dura tasca, rudo freno;
no séres que se deshacen
al contacto de los dedos...
¡Ea! Que salga tu amante...
verle el semblante deseo;
rojo le hace la vergüenza;
pálido el remordimiento.
Carmin no habrá en sus mejillas;
pálido estará de miedo...

Mándaselo, tú que ejerces
en su corazon imperio...
Mándaselo, tú que eres
de su voluntad el dueño...
á ámbos os prometo yo
prestaros un placer nuevo...
¡placer que os debe llegar
al fondo del alma creo!...

EDUARDO. Conde, tu esposa...

CONDE. Tu amante...

Tu concubina...

EDUARDO. ¡Estás ciego!
es inocente!...

CONDE. ¡Mentira!

EDUARDO. Un ángel...

CONDE. ¡Caido! ¡Bueno!

EDUARDO. Tú no sabes...

CONDE. ¿Para qué
cansár tanto al pensamiento?

EDUARDO. Conde, mira lo que haces;
mira que ofendes al cielo.

CONDE. Ya miro que estoy sin honra.
¿No cumples lo que te ordeno?...
Está bien, yo iré por ella!...

EDUARDO. No, que el camino te cierro...

CONDE ¡Miserable!

(Cuando va á lanzarse sobre él, aparece Teresa. Su presencia contiene al Conde.)

ESCENA XI.

DICHOS, TERESA.

TERESA. Aquí me tienes:

(Con calma pero profundamente emocionada por lo terrible de su situacion.)

cese ya tan rudo empeño...
Aquí está tu esposa!! Mira...
su semblante está sereno;
no está rojo de vergüenza
ni hay en él sombra de miedo.
Oye: con matarme acabas;
si me escuchas, tienes tiempo
de calmarte ó de dar gusto
á tus rencorosos celos...
¡Elije!

CONDE. ¡Habla! Me tienes
de tus labios en suspenso.
Si me embelesa el saber
por qué artes ó qué medios
puede salir la malicia
de sus cárceles de hierro,
(Con ironía.)
aguza el ingénio, esposa;
alambica el pensamiento.
¡Vive Dios! que si consigues
engañarme por completo,
por engañado me doy...
te perdono y te desprecio...
pero si andas muy torpe
en tus cábalas y enredos,
entonces, tú lo dijiste,
cuando el furor en el pecho
se agita y estalla al cabo,
un tornillo es cada nervio,
cada mano una tenaza
y el todo un buen instrumento
para ahorcar viles adúlteras...
Habla, si querias eso.

EDUARDO. La sangre me hierve. Conde,
no es noble ni es caballero
el que ultraja á una mujer...
Mata ó enmudece luego.

TERESA. ¡Quietos!... ¡Para mi justicia
me basta mi propio esfuerzo.
Ni una palabra... Aquí es él
(Con majestad.)
mi esposo... mi único dueño
y tiene para ofenderme
y para matarme derecho.
¡Fernando! Atiende á mis lágrimas,
ya que desoyes mis ruegos;
¡calma un instante tus iras!
Estás ciego... Ya lo veo.
Nos has sorprendido juntos...
muéstrale la herida... ¡Eso!
cuando yo vine á esta casa
ya lo encontré... le trajeron...
no te explicas mi presencia?
pues bien, no hace mucho tiempo
un hijo te prometí...
Recuérdalo...

CONDE. Lo recuerdo.

TERESA. Voy á cumplirte al instante
mi promesa y el secreto
quedará desvanecido
á tus miradas muy luego.
Mira; allí... en aquella cuna,
un niño cuyos cabellos
parecen rubias espigas
de dorado trigo... bello
como un arcángel de luz

duerme en apacible sueño.
Ese, Fernando, es tu hijo,
el fruto de tu deseo
liviano... ¿Aun no adivinas
quién es su madre?... No puedo
ahorrarte ya la vergüenza
que sufrirás al saberlo.

EDUARDO. El mundo buscó su infamia
y en la tuya puso el dedo.

CONDE. Su madre! ¿Quién es su madre?

TERESA. ¡Inesilla!

CONDE. ¡Ella! ¡Protesto!
Dí que me engañas, Teresa,
ó ábrase la tierra y dentro
me trague de sus entrañas.

TERESA. Si es tu imágen...

EDUARDO. Un espejo
su cara de tus facciones...

TERESA. Ven: convéncete al momento.

EDUARDO. Tu sorpresa es natural.

TERESA. No esperabas el suceso.
Mucho dar es dar un hijo.

EDUARDO. Le asombra el ofrecimiento.

TERESA. ¡Corre! Llégate á su cuna
que le despierten tus besos.
¡Feliz despertar el suyo
en tu cariñoso seno!

CONDE. ¿Pero es verdad lo que oigo?
¡Mi hijo! Sí; ahora recuerdo
que Inés me escribió... ¡Mentira!
fuera el crímen muy horrendo!
El hijo de Inés! de aquella
mártir de mi ruin deseo!...

Luego tú no eres impura...
y ese es el hijo que el cielo
me deparaba... ¡Qué horrible
(Con profunda desesperacion.)
pesadilla!... Teresa! quiero
despertar, despertar pronto;
quiero salir de este cerco
de sombras que me rodea...

EDUARDO. La felicidad el cerebro
te ha trastornado...

TERESA. No opriman
tu corazon los recuerdos.
Estoy segura que Inés
te bendice desde el cielo.
Querias un hijo, esposo?

CONDE. ¡Un hijo!

EDUARDO. (No le comprendo.)

TERESA. Qué venturoso serás
con sus caricias! El tiempo
en su dulce compañia
correrá tan lisonjero!
¿Cómo no corres, Fernando,
para comértelo á besos?
¡Dios mio! ¿Acaso no aceptas
la ventura que te ofrezco?...
Pues vas á verle...

CONDE. ¡No! ¡Aparta!...
(Cerrando el paso y cubriendo la entrada de la alcoba.)
déjale que duerma... Es bello
como un arcángel y rubios
como el oro sus cabellos!...
Me ofreces lo que más puede
halagar á un pobre viejo...

¡pues mira no puede ser!..

TERESA. Que no, dices?

EDUARDO. No te creo.

CONDE. Dónde está Dios... Ese Dios
omnipotente? En el cielo.
¿Cómo á mí me abandonó
á este espantoso tormento?

TERESA. Pero acabemos, qué dices?

EDUARDO. Tengo á una sospecha miedo!...

CONDE. No te acerques. ¡Es mi hijo!

TERESA. Tu conducta no comprendo;
pero va bajando á mi alma
una sombra... ¡un negro velo!
¿Por qué me cierras el paso?
¿no conoces mi deseo?
¿no escuchaste que es tu hijo?

CONDE. ¡Mi hijo! Infeliz anhelo!
El niño quiere juguetes
de almíbar... No quiere besos.
Tráele flores... y un hábito
de querubin... ¡eso! ¡eso!
Los cabellos bien rizados
y las manos sobre el pecho,
en medio de cuatro cirios...
ya no falta más que el féretro
y que doblen las campanas
como es de rigor á muerto.
¡No te acerques, que hay detrás
de mí un abismo muy negro!...
¿No ves, mujer, que el dolor
me está desgarrando el pecho?

TERESA. Siento escalofrios... algo
me ocultas, algo que temo

preguntar; hay en tu rostro
una expresion que dá miedo...

MARGARITA. Abre papá!...

(Golpeando en la puerta del foro derecha.)

TERESA. (Abre la puerta.) ¡Margarita!

EDUARDO. ¿Ella aquí?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, MARGARITA, EL BARONCITO, AGUSTIN, TOMAS, CAMPESINO por el foro: éstos quedan en último término. MARTA sale del cuarto derecha. Margarita se adelanta, y al ver á Teresa y Eduardo, no puede detener un movimiento de indignacion, y exclama:

MARGARITA. ¡Los dos! ¡Oh, cielos!

TERESA. Protege tú mis anhelos!
Cálmale!...

(A Margarita saliendo á su encuentro y señalándole al Conde. Margarita la rechaza bruscamente con estos versos:)

MARGARITA. ¡Aparta! ¡Maldita
seas por liviana esposa!
En hora desventurada
dió abrigo nuestra morada
á una mujer licenciosa!

(Al oir esto Teresa, retrocede espantada como si á sus piés se hubiese abierto un abismo. Quiere rechazar el violento apóstrofe de que es objeto, pero la voz se anuda en su garganta.)

EDUARDO. ¡Nuevo ultraje! ¡Por la cruz!

CONDE. ¡No, Margarita!

(Saliendo de su profundo abatimiento con voz de terrible y amarga reconvencion. Margarita, al oir la voz de su padre, se dirige á él con los brazos abiertos.)

MARGARITA. ¡Papá!...

CONDE. Tu labio mintiendo está...
¡Es más pura que la luz!

(Teresa sigue mirando á todos como una loca. Aun no ha podido salir de su estupor.)

TERESA. Todos me rechazan!... ¿Dónde
dirigir, pues, la mirada?

(Al oir esto Eduardo, hace un ademan como para aproximarse á Teresa, aunque se lo impiden sus decaidas fuerzas. Teresa, al observar su movimiento, alarga la mano como para detenerle, y retrocede de nuevo espantada, exclamando:)

¡Eso no! ¡Que aun soy honrada!...
¡Nadie á mi acento responde!...
¡Ah! Bendigo la fortuna
que me brinda lisonjera
con una dicha postrera.
¡Mi bien, está en esa cuna.!..

(Entra en la alcoba y se lanza sobre la cuna ávida de desvanecer los negros presentimientos que devoran su alma. Observa que el niño está extrangulado; quiere gritar y no puede; le mira con horrible fijeza; por fin estalla su sentimiento.)

¡¡Jesús!! ¡¡Socorro!! ¡¡Asesino!!
¡¡Hijo mio!! ¡¡Le han matado!!

(Sale espantada, loca, marchando de espaldas al público y sin poder apartar los ojos de la alcoba.)

CONDE. ¡Le extrangulé! (Con voz sorda.)

MARGARITA. ¿Qué ha pasado?

MARTA. !Señora! (A Teresa.)

EDUARDO. ¡Poder divino!

Teresa sigue retrocediendo lentamente, tendiendo á girar sobre sí misma. Parece fascinada por algun doloroso encanto. Vacila. Se lleva varias veces las manos á los ojos y la frente y cae muerta en medio de la escena. Se abalanzan sobre ella el Conde y Marta.)

CONDE. ¡Teresa! (Con acento desgarrador.)

MARTA. ¡Señora!

CONDE. ¡Helada
cual frio mármol!

MARTA. ¡Ha muerto!

CONDE. ¡Vida! ¡Ya eres un desierto!

MARGARITA. ¡Santo Dios!

EDUARDO. ¡Desventurada!

(El Baroncito, Tomás, Agustin y Campesino, atónitos, indecisos, formando un semicírculo al rededor de Teresa. Margarita, perpleja, sin darse cuenta del terrible drama que se desenvuelve á sus ojos. Eduardo, despues de arrancarse los vendajes que cubren su herida, cae desfallecido sobre una silla. Marta, arrodillada junto al cadáver de Teresa. Cuadro. Cae el telon.)

Fin del drama.